

El asedio y toma de Sagunto según Tito Livio XXI. Comentarios sobre aspectos técnicos y estratégicos

FRANCISCO ROMEO MARUGÁN y JUAN IGNACIO GARAY TOBOSO
Universidad de Zaragoza

SUMMARY

With this study about T. Livy's famous passage about the siege and the conquest of Saguntum, we are trying to prove that the author only wrote a true version of the event, based on actual facts and following the strategies and military techniques of those times. In order to do this, the research was done by following Livy's text, analysing all the different technical and tactical aspects that are included in it and tapping the necessary archaeological sources when that has been possible.

Tal y como reza el epígrafe del presente trabajo, nuestra intención no reside en describir el asedio que sufrió Sagunto, el *oppidum*¹ ibérico que se viene identificando como la *Arse* edetana², y que nosotros denominaremos por su

¹ Tradicionalmente se entiende por *oppida* las concentraciones urbanas construidas en altura y dotadas de defensas; sin embargo, en los textos de Plinio aparece como una *sedes civitatis, urbe*, refiriéndose con este término a cualquier tipo de asentamiento urbano, dejando a un lado los diferentes tipos, tamaños o defensas del asentamiento. A. Capalvo, 1986, 55; A. Ruiz y M. Molinos, 1993, 127.

² La historiografía contemporánea todavía no se ha puesto de acuerdo sobre la identidad de Sagunto; J. M. Roldán la considera una ciudad costera ibérica en territorio edetano (J.M. Roldán, 1980, 29), mientras que Chic García, basándose en las fuentes, afirma que Sagunto era, literalmente, un emporio griego situado junto a la ciudad ibérica de Arse, conocido por la cita de Ptolomeo (Ptol., 11.6.62, aunque este dato no se puede comprobar en la reconstrucción del mapa de la Península Ibérica realizado sobre esta fuente realizado por Tovar en A. Tovar y J. M. Blázquez, 1975), quien los sitúa juntos en la edetania (G. Chic García, 1978, 237-238). Al parecer pudo estar conectada con *Massalia* (G. Chic García, 1978, 237), lo que se puede inferir de la idea lanzada por González Wagner, consistente en pensar que Sagunto estuviese englobado en el triángulo comercial Sagunto-Masalia-Roma. Este hecho parece confirmado por las acuñaciones de Sagunto, uniformadas al peso romano y a los tipos masaliotas (E. C. González Wagner, 1983, 414). Chic García insiste en que existen circunstancias como las características urbanas mencionadas por Livio (Liv., XXI, 8), la aparición de glandes de plomo griegos (*CIL* II, 6248, 10) que confirman la presencia helena en la ciudad, siendo realmente la ciudad ibérica un barrio de la ciudad griega (G. Chic García, 1978, 237-238). Domínguez Monedero sigue insistiendo en que el topónimo latino *-Saguntum-*, derivado de la toponimia griega *-Zakynthos-*, indica solamente la existencia de un puerto o punto de escala con nombre helenizado (A. J. Domínguez Monedero, 1986, 601), opinión compartida por Gérard Walter, quien afirma que considerar esta ciudad ibérica como griega es un grave error (G. Walter, 1970, 251).

topónimo latino para evitar confusiones. Con el estudio del pasaje del capítulo XXI de la obra de Tito Livio, *Ab Urbe Condita*, pretendemos tomar el caso saguntino para el estudio de las técnicas de asedio y defensa de una ciudad, en un momento como el siglo III a.C., cuando ya se habían difundido las técnicas militares helenísticas, y de mano de uno de los ejércitos más modernos de la época: el cartaginés. Intentaremos localizar del mismo modo los precedentes de estos mismos recursos, volviendo la vista por lo tanto necesariamente hacia el solar griego.

Para proceder al análisis del texto hemos diferenciado en un primer momento varios temas a tratar; tras una introducción en la que señalaremos el por qué de la elección de este pasaje, abordaremos el estudio del mismo comenzando por los hombres y el tiempo, donde veremos brevemente diversas teorías sobre la cuantía y naturaleza de ambos contingentes, además del tiempo total invertido en el asedio. Posteriormente nos centraremos en las tácticas y estrategias siguiendo el mismo discurso del relato, lo que dará pie a un estudio sobre las obras y máquinas bélicas empleadas en el asedio, para acabar centrándonos en la descripción de la muralla ibérica de Sagunto.

La conquista de Sagunto ha sido narrada por una larga nómina de clásicos que comprende desde los conocidos historiadores filorromanos Polibio, Livio, Diodoro de Sicilia, Floro y Apiano, hasta un grupo menos nombrado de autores filocartagineses entre los que podemos destacar al macedonio Osilo y al griego Quéreas, de cuyas obras perdidas nos han llegado noticias gracias a la crítica que Polibio hace de las mismas³. Esta lista no quedaría completa si no mencionásemos la narración del poeta Silo Itálico de carácter épico, y alguna otra referencia de carácter menor sobre la que no nos vamos a detener por su falta de importancia.

Este índice de autores, que en un principio puede parecer largo, queda bastante reducido desde el momento en que descubrimos que, tal y como veremos a continuación, las obras de Polibio, Diodoro, Floro y Apiano apenas tratan la cuestión más que como breve referencia; por otra parte también es un hecho desalentador el tener constancia de dos obras filocartaginesas —las mencionadas anteriormente— que posiblemente tratasen más extensamente el tema, pero cuya completa pérdida hace que no poseamos de ellas más datos que los de su existencia. Finalmente, el texto del poeta Silo Itálico resulta ser una copia del mismo Livio, por lo que dudamos de que sus conocimientos acerca de las estrategias empleadas en el asedio superasen a los de su misma fuente.

No quisiéramos dejar así las cosas, por lo que vamos a profundizar un poco más en los motivos que nos obligan a ir descartando al resto de los autores.

³ Pib., III, 20.

La cronología no suele constituir ningún problema para los historiadores cuando cuentan con fuentes fidedignas, caso que al parecer no es el que nos ocupa. Por esto, debemos destacar en un primer lugar la antigüedad de los relatos con respecto al acontecimiento narrado: ningún autor de los mencionados pudo conocer a algún participante directo en los sucesos, puesto que el más antiguo de ellos, Polibio, comenzó a escribir su obra prácticamente setenta y dos años después de los acontecimientos; de ahí en adelante las obras están escritas en unas fechas tardías que abarcan desde la época augustea, momento en el que se puede datar la obra de Diodoro, hasta mediados del siglo II d.C. que es cuando Apiano escribe su relato.

En el relato de los hechos realizado por Polibio, aparecerá su voluntad de realizar una historia política (*πραγματική ιστορίη*), y sobre todo una historia demostrativa (*ἀποδεικτική ιστορίη*). De este deseo sobresale, como luego se verá, su teoría de la causalidad que aplica, en el caso de la caída de Sagunto, de forma paradigmática. Polibio, y eso nos lo recuerda Momigliano, fiel a la tradición de la historiografía antigua, examinará las causas de que determinados estados e individuos, en este caso Cartago y Aníbal, emprendan guerras y otras operaciones de política exterior, pero no someterá la política romana a una crítica directa⁴. En ello debió de influir tanto su posición de rehén del pueblo romano, como su posición dentro del círculo de los Escipiones. En la narración que del conflicto realiza el escritor arcadio aparecerá una causa verdadera, *αἴτια*, una chispa, resultado de una serie de causas conectadas, que desencadena los acontecimientos, *ἀρχή*, y un pretexto o *πρόφασις*⁵. Con este fin nos da noticia de la toma de Sagunto, pero tan brevemente que tras apenas decirnos que el asedio duró ocho meses finaliza el relato sin ofrecernos ningún dato técnico. Por ello debemos prescindir de él.

La versión de Diodoro de Sicilia⁶ se centra en el relato del suceso más épico; el ya clásico pasaje de la fundición en plomo y cobre de los metales preciosos, y el suicidio de sus habitantes. Debido al poco espacio que dedica a los acontecimientos, pasando por alto toda la cuestión del asedio, pensamos que no contó con documentos de primera mano acerca del mismo. Si Lens Tuero destaca el hecho de que en general este autor renuncia al procedimiento de los discursos para explicar el desarrollo de los acontecimientos, recurso por otra parte tan empleado por Livio⁷ para ofrecer su propia interpretación de dichos

⁴ A. Momigliano, 1984, 230.

⁵ Resulta inmejorable para completar estas palabras el siguiente texto de Polibio: «En suma, Aníbal estaba lleno de irreflexión y de violenta animosidad; por ello, en vez de utilizar las verdaderas razones, se amparaba en pretextos absurdos» (Plb., III, 15, 9). Y continúa unas líneas más abajo: «Pero el caso es que al silenciar la verdadera causa de la guerra, e inventarse una inexistente contra los saguntinos, dio la impresión de comenzar una guerra, no sólo absurda, sino también injusta» (Plb., III, 15, 11).

⁶ D. S., XXV, 15.

⁷ J. Lens Tuero, en J. A. López Fdez (ed.), 1988, 938.

hechos⁸, en este caso podemos afirmar que no se hallaba lo suficientemente informado como para detallar los acontecimientos, hecho que le decidió a pasar de puntillas para tratar, a continuación y más extensamente, la Segunda Guerra Púnica.

También Floro cuenta con gran brevedad la toma de Sagunto por Aníbal. En este caso, el autor toma como base para su relato el de Livio. Ya nos dice Bayet que en su obra existen bastantes omisiones y errores, por lo que no constituye una fuente de primer orden sobre los acontecimientos. Y en este caso se cumplen las palabras de dicho autor porque, aún tomando como base el texto de Livio, lo hace resumiendo mucho y sin hacer más mención a la batalla que la frase «...los saguntinos, agotados por nueve meses de hambre, por los asaltos con máquinas de guerra y con las espadas...»⁹, lo que no supone ninguna información que no pueda encontrarse en Livio, que como ya hemos dicho es su fuente principal. Por esto no nos parece útil su estudio. El interés que mueve a Floro es, sobre todo, literario, dotando para ello a su estilo de golpes de efecto, exageraciones, expresiones poéticas y exclamaciones inútiles¹⁰, afirmación que se puede apreciar, por ejemplo, en el pasaje I, 22, 6.

Tampoco Apiano dedica en sus libros sobre Iberia y sobre Aníbal un gran espacio para tratar los hechos en torno a Sagunto. En su obra se puede constatar, como señala Díaz Tejera, la mala reputación que tiene como historiador¹¹, no solo a causa de la opinión que de él mantiene Focio al afirmar que «su estilo es sobrio y árido, y en lo posible, verídico», sino, como se verá con su lectura, también a causa de sus muchos errores de detalle, como el de situar Sagunto al Norte del Ebro¹², con todas las consecuencias que de este hecho se derivan en relación al tratado firmado por Asdrúbal con Roma. En cuanto a los detalles técnicos, la información que Apiano nos ofrece es tan nula como la de los autores anteriores. En su libro sobre Aníbal tan sólo dice que «...después de cruzar el Ebro, destruyó la ciudad con todos sus habitantes en edad militar»¹³, sin especificar la forma. Su libro sobre Iberia, que pertenece al conjunto de obras que escribe sobre los pueblos no itálicos con el objetivo de hacer una historia universal, es un poco más específico respecto al asalto y conviene tenerlo en cuenta puesto que afirma que «...habiendo cruzado el Ebro con todo su ejército, devastó el territorio y apostó sus máquinas contra la ciudad. Pero como no pudo tomarla, la rodeó de un muro con un foso y, estableciendo alrededor a

⁸ J. Lens Tuero, en J. A. López Férrez (ed.), 1988, 939.

⁹ Flor., I, 22, 6.

¹⁰ J. Bayet, 1981, 447.

¹¹ A. Díaz Tejera, en J. A. López Férrez (ed.), 1988, 1072.

¹² App., *Iber.* 7; *Hann.* 3.

¹³ App., *Hann.* 3.

intervalos numerosos puestos de vigilancia, los inspeccionaba con frecuencia»¹⁴.

Silo Itálico también relata el suceso, aunque su versión debe ser tomada en su justa medida ya que con su *Punica* nos encontramos ante una epopeya, es decir, un recreo épico de los acontecimientos. Minconi y Devallet comentan que existe un gran paralelo entre el relato de Livio y el de Silo, hasta el punto de que la crítica moderna consideró en un principio a Livio como su única fuente¹⁵. Si en opinión de estos dos autores se puede afirmar la existencia de una serie de divergencias, como la influencia de Valerio Antías cuando realiza el segundo retrato de Aníbal, y la estilización de la historia, copiada de Ennio, por otra parte diremos que estas influencias son tan escasas que no nos hacen cambiar nuestra opinión al respecto.

Esta unión de factores en contra de todos los relatos existentes ha sido la causa de que nos decantásemos por la obra de Livio para abordar nuestro estudio.

Siguiendo el razonamiento empleado anteriormente debemos reconocer, tal y como hemos dicho con anterioridad, que el relato de Livio también es tardío, puesto que, como el de Diodoro, se encuadra cronológicamente dentro del principado de Augusto. No obstante, es infinitamente más preciso en las descripciones de los acontecimientos que vamos a narrar, cosa que no ocurre con el de Diodoro. Su conocimiento de las estrategias militares, y su intención de hacer revivir al espectador, mediante su vivaz estilo narrativo, los hechos más destacados de cada acontecimiento, ofreciendo para ello multitud de descripciones y detalles a cada paso de su relato, convierten a este autor en el idóneo para estudiar el asedio de Sagunto desde el punto de vista militar.

Livio, en palabras de Bayet, «...nos ayuda más que Polibio a comprender el temperamento romano, con su mezcla de razón y práctica supersticiosa, o también las relaciones entre los problemas internos y externos»¹⁶. Su discurso histórico es épico, mezclando la historia con su rica imaginación: «...revive los hechos con una intensidad sorprendente, sin preocuparse de las diferencias de medio o de costumbres, como si se tratara de acontecimientos actuales, en los que se hallara envuelto él mismo»¹⁷. Esta afirmación es válida para el retrato que nos hace del asedio de Sagunto, pues el dramatismo con que el historiador nos describe la escena¹⁸ y el desarrollo de los acontecimientos¹⁹ se acentúa con la inclusión del recurso a los discursos con los que rompe el carácter lineal de su narración.

¹⁴ App., *Iber.* 10. Sobre esta cita en concreto volveremos más adelante, ya que resulta de gran importancia al citar un muro que rodea a Sagunto con el fin de aislar a la ciudad edetana.

¹⁵ Para observar este paralelo compárense los pasajes Liv., XXI, 8, 10 y Syl. Ital., 350.

¹⁶ J. Bayet, 1981, 258.

¹⁷ J. Bayet, 1981, 260.

¹⁸ Liv., XXI, 7.

¹⁹ Liv., XXI, 8, 7.

Pensamos que, como introducción, podemos suscribir algunas de las conclusiones expuestas por Burck²⁰ acerca del desarrollo narrativo de la Segunda Guerra Púnica: en primer lugar la claridad y la lucidez de la narración conseguida tal y como veremos, gracias a la división de la narración en diversas escenas, y en segundo lugar la supresión de muchos detalles técnicos y militares, excepto aquellos que hacen referencia a aspectos aislados de la batalla que por su carácter decisivo son explicitados, y que son los que pretendemos comentar en este trabajo.

El conjunto del relato de Livio aparece aliñado con un buen número de discursos de su invención, en los que se trata de explicar determinadas situaciones concretas. No vamos a entrar, al respecto de estos discursos, en la cuestión tucídidea, expuesta ya por Alsina²¹; desde aquí nos limitaremos, simplemente, a constatar que en su relato de los hechos aparecen dos grandes discursos en momentos diferentes que rompen la descripción de los acontecimientos bélicos. El primero es el pronunciado por Hannon en el Senado de Cartago, a propósito de la actuación que debía observar la metrópoli respecto a los acontecimientos²², y el segundo el de Alorco, un indígena del ejército cartaginés unido por lazos de hospitalidad con los saguntinos, que expone al Senado de Sagunto las condiciones de paz ofrecidas por Aníbal²³.

La función de dichos discursos consiste en romper el hilo narrativo del autor, tal y como dice P.G. Walsh; recurso propio de Livio quien parte el relato con este elemento en diferentes escenas hasta llegar al clímax²⁴. Todos los relatos de Livio que tratan el sitio de una ciudad aparecen igualmente contruidos en episodios con los que el autor consigue un mayor dramatismo y patetismo. La utilización de este recurso no responde a un intento de buscar el mero sensacionalismo, sino que se utilizará con el importante objetivo de mostrar las sensaciones de los asediados²⁵.

Nuestro trabajo se va a ver enturbiado por una serie de problemas que plantea el relato de Livio, debidos a la falta de explicitud que posee su narración en algunos momentos. Estos, que podrían ser clasificados como errores de detalle; fueron debidos en gran medida a la antigüedad de su relato con respecto de los hechos narrados. No vamos a dudar desde estas líneas del método historiográfico de Livio, pero sí vamos a intentar demostrar que no utilizó fuentes directas para explicar el desarrollo narrativo de los acontecimientos bélicos, tal vez porque el relato de L. Coelius Antipater, su principal fuente para este relato²⁶, no lo tratase en profundidad; es más, según creemos poder demostrar, pen-

²⁰ E. Burck, 1971, 39.

²¹ J. Alsina, 1981.

²² Liv., XXI, 10, 4.

²³ Liv., XXI, 13, 1.

²⁴ P. G. Walsh, 1963, 180.

²⁵ P. G. Walsh, 1963, 196-197.

²⁶ E. Burck, 1971, 27; T.J. Luce, 1977, 179.

samos tener las suficientes pruebas como para poder afirmar que Livio nunca estuvo en Sagunto. De ello hemos deducido que Livio añadió una narración verosímil de los acontecimientos, fruto de su invención, a unos sucesos claramente contrastados, como fueron los políticos. Con ella pudo plasmar el tono épico que confiere a la obra, demostrando sus indudables conocimientos del arte de la estrategia militar²⁷.

Pero si por una parte esta afirmación nos hace romper con todo lo que pudo tener de verdad la descripción de los acontecimientos realizada por nuestro autor, por otra nos confiere la seguridad de que los asedios cartagineses solían desarrollarse según los pasos definidos en el relato; si la intención de Livio es realizar una historia de Roma con carácter épico pero que al mismo tiempo se ciñese a los hechos con verosimilitud, lo lógico es pensar que los recursos literarios empleados, como los discursos y las descripciones de batallas, tuviesen que resultar totalmente creíbles para los eventuales lectores. Se podría afirmar que si este relato de la toma de Sagunto no fuese estrictamente real, bien podría haberlo sido. Por ello es susceptible de ser considerado como un modelo de los asedios realizados por el ejército cartaginés.

En cuanto al hecho de que la versión de Livio sea claramente filorromana, problema contra el que se han enfrentado todos los historiadores contemporáneos que han tratado el asunto de las responsabilidades morales de la guerra o *kriegsschuldfrage*, como gustan de denominar los investigadores germanos²⁸, no pensamos que sea una cuestión especialmente trascendente para el estudio del tema que nos ocupa.

La narración del asedio de Sagunto es un claro ejemplo del modelo tucidídeo de hacer historia, basado en la relación causa-efecto, relación evidente sobre todo en el relato de los hechos por parte de Polibio. Gracias a este autor veremos cómo Sagunto padeció una crisis política interna²⁹ que, según Roldán³⁰, indicaría la existencia de partidarios del entendimiento con Cartago enfrentados a otros más favorables a Roma. Esta sería una de las posibles causas del ataque de Aníbal, quien pretendería de este modo asegurar la entrada de Sagunto en el círculo de alianzas con Cartago³¹. Nuevamente Polibio nos indica las muchas ventajas que preveía Aníbal con la toma de Sagunto; el dar un golpe moral a los romanos, haciéndoles reticentes a la guerra, infundir el pánico y la disciplina entre los pueblos ibéricos, no dejar atrás ningún enemigo, además de proveerse de abundantes recursos para infundir ánimo a sus tropas

²⁷ No en vano la historiografía contemporánea le ha acusado numerosas veces de determinadas carencias de información. M. Mazza, 1966, 116.

²⁸ F. Beltrán, 1984, 149.

²⁹ Ptb., III, 15, 7.

³⁰ J. M. Roldán, 1980, 29.

³¹ G. Chic García, 1978, 240; E. C. González Wagner, 1984, 189.

y asegurarse las simpatías de los cartagineses que permanecían en Africa³². González Wagner añade a estas ventajas la de contar con una base de operaciones en la misma Sagunto³³, aunque si seguimos a los autores clásicos, pensamos que uno de los principales motivos del asedio pudo ser la riqueza misma de la ciudad³⁴.

Los hombres y el tiempo

«*Abundat multitudine hominum Poenus; ad centum quinquaginta milia ...*»³⁵.

En relación al contingente utilizado por el general cartaginés para sitiar Sagunto se ha establecido una viva polémica en la historiografía moderna que merece la pena definir en sus líneas generales, ya que es sabido que las fuentes clásicas suelen ser siempre exageradas en relación a la cuantía del enemigo con el fin de ensalzar los éxitos propios y minimizar las derrotas sufridas, y en el caso del relato de los sucesos acaecidos en torno a Sagunto Livio parece seguir esta norma fielmente. Una excepción a la misma parecen ser los datos que ofrece Polibio al describir la inscripción que Aníbal hiciera grabar en el Cabo Lacinio, donde se detallaba el contingente que se hizo pasar de África a la Península Ibérica: 20.000 infantes y 6.000 jinetes³⁶. Esta cifra, no obstante, se verá bastante acrecentada posteriormente por el propio Polibio para enumerar el contingente que salió de Carthago Nova contra el solar itálico tras la caída de Sagunto³⁷, dando la cifra de 90.000 infantes y 12.000 jinetes³⁸, cifra que será secundada por la mayor parte de los autores antiguos, incluido el mismo Tito Livio³⁹. Este total de 102.000 hombres al comenzar la marcha contra el solar itálico, contingente que es posible que en la realidad no llegase ni siquiera a la mitad⁴⁰, sigue contrastando vivamente con los 150.000 hombres utilizados según Livio en el asedio de Sagunto.

³² Plb., III, 17, 4-7.

³³ E. C. González Wagner, 1983, 419.

³⁴ Plb., III, 17, 11; Liv., XXI, 7, 2; D.S., XXV, 15; App., *Iber.* 12.

³⁵ Liv., XXI, 8, 3.

³⁶ F. Beltrán, 1984, 157.

³⁷ El ejército partiría de *Carthago Nova* en mayo del 218 a.C., habiéndose caído la ciudad, como veremos inmediatamente, unos meses antes, en el invierno del 219-218. F. Beltrán, 1984, 171.

³⁸ Plb., III, 35, 1.

³⁹ Liv., XXI 23, 1; App., *Hann.* 4, quien nos ofrece el dato adicional de los 37 elefantes incluidos en el contingente movilizado por Aníbal.

⁴⁰ F. Beltrán apuesta por un contingente total de 50.000 hombres al salir de *Carthago Nova*. F. Beltrán, 1984, 158. F. Beltrán apuesta por un contingente total de 50.000 hombres al salir de *Carthago Nova*. F. Beltrán, 1984, 158.

Numerosos investigadores consideran que la manutención de semejante contingente hubiese supuesto un auténtico problema para el general cartaginés⁴¹ y en ningún momento comenta Livio que le acuciase la necesidad, ni que el hambre fuese un contratiempo para el ejército sitiador⁴². Se ha calculado de un modo aproximado la cantidad de alimentos necesaria para el mantenimiento de un ejército de 150.000 personas, arrojando unas cifras completamente desorbitadas⁴³, cuyo suministro hubiese sido prácticamente imposible a finales del siglo III a.C. Si a esto sumamos el mantenimiento de la caballería, que necesita una gran cantidad de forraje fresco diariamente, llegamos a la conclusión de que la cifra apuntada por Tito Livio no puede ser ni próxima, ni posible, al volumen real del ejército que asedió Sagunto⁴⁴.

En cuanto al contingente situado tras las murallas saguntinas, carecemos de cualquier dato que nos aproxime a una valoración cuantitativa, aunque debemos prestar especial atención al término utilizado por Livio para denominar a los defensores situados en las zonas más comprometidas del sistema defensivo saguntino; *iuventus delecta*⁴⁵.

En el caso de nuestro autor es común a lo largo de su obra la utilización de esta forma *latina iuventus*, que podría ponerse en relación con las formas griegas *véος* y *ἠβητής*⁴⁶ dentro del contexto militar para designar al conjunto de hombres susceptibles de ser movilizados dentro de una ciudad⁴⁷, aunque no es éste el único valor del término para nuestro autor, ya que considera Livio que el principio de las clases de edad es un principio universal⁴⁸ y no sólo perteneciente al pueblo romano⁴⁹. De este modo la *iuventus*, identificada como el conjunto de los elementos más aptos para el combate, en ple-

⁴¹ F. Latorre, 1975, 849.

⁴² Si hemos de creer a Tito Livio los hombres estarían desmoralizados por el cansancio de las obras y los escasos resultados del asedio, y en ningún momento por el hambre. Liv., XXI, 11, 3.

⁴³ F. Latorre, 1975, 845 efectúa un estudio, discutible en muchos momentos, sobre este pasaje de Livio, llegando a la conclusión de que hubiesen sido necesarios para mantener a toda la tropa sugerida por Livio 360.000 Qm. de trigo y 18.000 Tm de carne. Dejando a un lado la verosimilitud de cálculos y cifras, resulta más que evidente la material imposibilidad del mantenimiento de un ejército tan numeroso.

⁴⁴ Como punto de contraste, podemos establecer ciertos nexos comparativos con uno de los datos seguros más próximos en el tiempo al hecho que estudiamos, aunque ciertamente alejado en el espacio; el ofrecido por F. Cordente respecto de Massada, en cuyo asedio se utilizaron ocho mil soldados. F. Cordente, 1992, 163.

⁴⁵ Liv., XXI, 7, 7: «...et iuventus delecta ubi plurimum periculi ac timoris ostendebatur ibi vi maiore obsistebant».

⁴⁶ P. Ciprés, 1990, 176.

⁴⁷ J. P. Morel, 1969, 218.

⁴⁸ Ver al respecto, G. Devoto, 1968, 661-662; H. Jeanmarie, 1939; P. Vidal-Naquet, 1981; J.P. Morel, 1969 y J. P. Neraudau, 1979.

⁴⁹ Encontramos menciones de la *iuventus* en otros ámbitos, como la *iuventus* celibérica que aparece como un ejército mercenario al servicio de Roma frente al ejército cartaginés de la segunda guerra púnica (Liv., XXIV, 49, 7).

nitud física, y siempre partidarios y dispuestos para la guerra, se opone a los seniores, *πρεσβύτεροι ο πρεσβύτατοι*, el sector de la población libre masculina que participa en la vida pública tras haber dejado atrás la edad de combatir y que representa el elemento reflexivo y conciliador dentro de la comunidad⁵⁰.

Resulta especialmente curioso que Livio en ningún momento comente la participación del resto de la población en la defensa de las murallas, como hace en otros casos⁵¹, omisión que quizás nos esté indicando un alto grado de profesionalización por parte del contingente que defiende las murallas, aunque el tiempo transcurrido entre los hechos y el relato que estamos estudiando hace considerar seriamente la posibilidad de que esta ayuda, o su inexistencia, sea una licencia histórica más para realzar uno u otro carácter de los enemigos de Roma.

Sobre el problema del tiempo empleado en el asedio de Sagunto existen muchas menos discrepancias, aunque no carentes de interés; según Livio⁵² la ciudad fue asediada durante ocho meses, cifra seguida con mínimas diferencias por los autores clásicos⁵³, aunque hay quien reduce la duración del asedio a los seis meses⁵⁴ o lo prolonga hasta los nueve⁵⁵. Estos cálculos parecen provenir de la costumbre, que analizaremos inmediatamente, de comenzar las acciones bélicas con el buen tiempo tras el invierno. Basándose en este dato y en indicaciones de Polibio, quien pone en relación este suceso con otros contemporáneos⁵⁶, algunos autores han intentado precisar más la duración y las fechas del asedio sufrido por la ciudad edetana, situando concretamente su comienzo entre el 8 y el 28 de mayo⁵⁷ o entre el 8 y el 16 del mismo mes⁵⁸. Ante estos datos, lógicamente el fin del asedio se localizaría en enero del 218, aunque se suele aceptar también una fecha para la caída de la ciudad entre los meses de noviembre y diciembre del 219 a.C.⁵⁹.

⁵⁰ P. Ciprés, 1990, 180.

⁵¹ En el caso del asedio de *Hiturgis*, Livio comenta cómo las mujeres y los niños acuden a defender las murallas suministrando proyectiles a los combatientes. Liv., XXVIII, 19.

⁵² Liv., XXI, 9, 3-4.

⁵³ Como Oros., IV 14, 1; Zonar., VIII, 21; Plb., III, 17, 1.

⁵⁴ Nep., *De Vir.* III, 42, 2.

⁵⁵ Flor., I, 22, 3.

⁵⁶ En III 20, 1 señala el conocimiento en Roma de la caída de Sagunto tras el regreso de Iliria de L. Emilio Paulo y su triunfo. En IV 37, 4 comenta que cuando Arato comienza a desarrollar la estrategia de los aqueos, Anfibal comienza el sitio de Sagunto, L. Emilio Paulo se enviaba contra Demetrio de Faro, Antíoco III estaba preparado para invadir Cele-Siria, Ptolomeo IV preparaba la guerra contra Antíoco, Licurgo asediaba Megalópolis, los aqueos reclutaban mercenarios y Filipo V salía de Macedonia con su ejército (F. Beltrán, 1984, 150, not. 6).

⁵⁷ G. V. Sumner, 1966, 6-7.

⁵⁸ D. Proctor, 1974, 32-33.

⁵⁹ W. Siegli, 1878; A.E. Astin, 1967, 581.

Discurso de los sucesos: tácticas y estrategias en el relato de Livio

Las acciones bélicas del ejército cartaginés sobre Sagunto comienzan con un ataque y destrucción de los campos próximos al *oppidum*⁶⁰, acción con la que posiblemente el general púnico perseguía varios objetivos como el destruir los recursos agrícolas de la ciudad, el posible aprovisionamiento del contingente púnico, y la misma intimidación de los ciudadanos asediados en Sagunto.

La práctica tradicional, habitual ya desde finales del siglo V a.C.⁶¹, consistía concretamente en efectuar incursiones terrestres con efectos devastadores sobre las tierras de una ciudad para forzar a sus defensores a actuar precipitadamente⁶², negociando o batallando⁶³. Frecuentemente el ejército que se encontraba devastando un territorio enemigo no sufría ninguna reacción por parte del atacado, normalmente por su inferioridad numérica⁶⁴, como es el caso que aquí nos ocupa, por revueltas en el interior de las ciudades atacadas, que las impedían reaccionar, o por la desconfianza entre los ciudadanos de las ciudades atacadas⁶⁵.

Estas expediciones bélicas solían prepararse en primavera o principios del verano, buscando la mayoría de las veces una climatología favorable⁶⁶ y, en

⁶⁰ Liv., XXI, 7, 4: «Hannibal infesto exercitu ingressus fines pervastatis passim agris...».

⁶¹ La destrucción de los campos adyacentes a una ciudad inmediatamente antes de su asedio es de frecuente aparición en el discurso de Tucídides. En la Grecia del siglo V a.C. uno de los mayores motivos de orgullo de una ciudad era el poder afirmar que su solar no había sido invadido nunca, siendo las tierras la base de la consideración social de los ciudadanos (Y. Garlan, 1989, 93). Atenas, por ejemplo, asoló regularmente dos veces al año, entre 431 y 424 a.C., las tierras de Mégara (Th., II, 31, 1-3; IV, 66, 1.), como los lacedemonios y sus aliados que hicieron lo propio sobre el solar ático entre el 431 y el 425, salvo cuando algún fenómeno natural parecía desaconsejar la campaña, como cuando se paralizaron en el 429 a.C. debido a una epidemia padecida en el ática (Th., II, 71, 1) o en el 426 debido a un fuerte terremoto (Th., III, 89, 1). Esta práctica la encontraremos así mismo en fechas posteriores a los hechos acaecidos en torno a Sagunto, como en el siglo II a.C., cuando Lúculo devasta la campos adyacentes antes del asedio a *Intercatia* (App., Iber. 53-54) o cuando Emilio Lépido asola los campos de los vacceos para sitiar después *Palantia* (App., Iber. 80-83).

⁶² Hdt., IV, 124, 2-4 comenta que era el pillaje ejercido sobre las tierras de los ciudadanos lo que impulsaba a éstos a actuar.

⁶³ Y. Garlan, 1973 b, 151. Tras la batalla se solían establecer guarniciones o puestos de control más o menos duraderos (ἐπιτειχισμός) por parte del vencedor para el control del territorio conquistado. Y. Garlan, 1974, 22.

⁶⁴ Y. Garlan, 1988, 104.

⁶⁵ Poseemos minuciosas descripciones de casos en los que contingentes asediados no reaccionaron, en el contexto de Grecia, como el caso de Mende en el 423 a.C. (Th., IV, 130, 1), cuyas revueltas intestinas imposibilitaron cualquier tipo de reacción, o el de la incursión de Brásidas por el territorio de Anfipolis, en el invierno del 424-423 a.C. (Th., IV, 104, 3), donde la desconfianza mutua entre los dos sectores de la población motivó su inactividad. Creemos que este fenómeno se puede hacer fácilmente extensible a cualquier otra situación análoga, incluidas naturalmente las desarrolladas en la Península Ibérica para las fechas que nos interesan, pese a que la parquedad de las fuentes escritas con respecto a las mismas nos priva de su conocimiento directo.

⁶⁶ La trascendencia del tiempo y del ciclo anual para el desarrollo de las operaciones bélicas será de gran importancia durante los siglos posteriores; tal es así que conocemos algunos casos en los que ha jugado un papel decisivo en la estrategia; como en el ataque del estratega tebano Epaminondas sobre Mantinea, realizado en época de recolección, cuando la población se encontraba trabajando en el campo y no podía defender la ciudad X., *Hel.* VII, 5, 14

ocasiones excepcionales, a comienzos del otoño⁶⁷, cuando los productos del campo habían madurado, con el fin de destruir las cosechas o consumirlas el propio ejército invasor⁶⁸. Ya hemos visto que Aníbal comenzaría el asedio de Sagunto posiblemente en mayo⁶⁹, prolongándolo durante ocho meses, por lo que es bastante probable que el general cartaginés, en perspectiva de una larga operación, arrasase sólo los campos adyacentes a la ciudad, conservando y controlando los más alejados para aprovisionar a su ejército con sus frutos.

El general cartaginés atacó en un primer momento la ciudad por tres puntos diferentes⁷⁰, pretendiendo con ello dividir el potencial defensivo de los saguntinos, aunque centró sus acciones en el punto más vulnerable a priori; un ángulo de la muralla que se abría hacia el valle, donde el terreno era más favorable a las evoluciones de todo tipo de máquinas de guerra.

El ataque resultó infructuoso debido a la mayor potencia de las defensas en este punto del sistema defensivo, además de que, como ya hemos comentado, en esta zona se apostó lo más elegido de los defensores, que incluso, como veremos más adelante con más detalle, llegaron a efectuar salidas contra el enemigo hiriendo al mismo general cartaginés, lo que provocó una retirada precipitada de los asaltantes⁷¹.

Una vez puesto el ejército en movimiento contra los saguntinos, nuevamente en varios puntos a la vez, utilizan contra las murallas varios arietes⁷², logrando finalmente dejar al descubierto la ciudad al derrumbarse tres de las torres, así como el muro que las unía⁷³. Tras este derrumbe, que normalmente suponía la toma de la ciudad, como subraya el mismo autor, los defensores se precipitan a la lucha, planteándose según el texto una batalla con los ejércitos en orden de combate⁷⁴; los cartagineses sobre los escombros de la muralla, los

⁶⁷ Th., II, 19, 1 (en 431); II, 47, 2 (en 430); III, 1 (en 428); III, 26, 1 (en 427); IV, 6, 1; II, 79, 1 (en 429); VII, 19, 1 (en 413).

⁶⁸ Ésta es una de las bases de las incursiones rápidas sobre un territorio; muchas veces se cuenta con el grano del campo enemigo para la propia subsistencia, además del factor psicológico y real que provoca el hambre sobre la ciudad cuyos territorios y cosechas han sido asoladas. Y. Garlan, 1974, 41-42.

⁶⁹ Tras atacar Helmántica y Arbocala en primavera. Liv., XXI, 5, 5.

⁷⁰ Liv., XXI, 7, 4: «... urbem tripertito agreditur».

⁷¹ Liv., XXI, 7, 7-10.

⁷² Liv., XXI, 8, 5: «Itaque iam feriebantur arietibus muri».

⁷³ Las torres debían ser susceptibles de resistir la caída de un lienzo, pudiendo aislarse para continuar la defensa como indica Y. Garlan, 1974, 257. Del mismo modo debían estar construídas para que la caída de una de ellas no pusiese en peligro la defensa. Arr., *Anab.* I, 20, 7. Esta norma poliorcética se extendió rápidamente por el Mediterráneo, tal y como manifiestan algunas construcciones defensivas del Bósforo de comienzos del siglo IV a.C. con esta peculiaridad: torres rectas de tres pisos cada quince o dieciocho metros (E. W. Tolstikov, 1986, 170-171). La falta de estas precauciones en la construcción de la muralla saguntina nos indica una desigual adopción de los influjos defensivos orientales, evidenciados por la existencia de poternas, que comentaremos con amplitud más adelante.

⁷⁴ Orden de combate concretado con el término *acies* (Liv., VIII, 8; XXXIII, 9; XXI, 8, 7; Caes., *B.G.* I, 24; 49; 51; Veg., II, 14), opuesto completamente al de *agmen*, que denomina a la tropa en movimiento, indicando del mismo modo un ataque desordenado (Caes., *B.G.* II, 19; Liv., XXV, 34; XXIX, 36).

saguntinos frente a los edificios de la ciudad, distantes entre sí un trecho no muy largo.

En el estado actual de las investigaciones arqueológicas parece claro que la ladera septentrional del Castillo no estaría ocupada hasta época republicana⁷⁵, apareciendo estructuras ibéricas exclusivamente en el extremo meridional del cerro. Rodeando estas estructuras, en las laderas meridional y occidental⁷⁶, se han podido localizar algunos tramos de una muralla ibérica que centrarán nuestro interés más adelante. De ser ésta la única línea defensiva existente en época ibérica, la confrontación en orden de combate intra muros de la que nos habla Livio sería totalmente imposible debido al fuerte desnivel ya que los lienzos defensivos se localizan a media ladera, con pendientes muy acusadas⁷⁷, siempre a una altura superior a los 130 m.s.n.m.⁷⁸.

Hemos de pensar que la afirmación de Livio posiblemente se pueda deber a que nuestro autor tuvo en cuenta la recomendación de todos los tratadistas clásicos de que se dejase un amplio espacio entre la muralla defensiva y el casco urbano con el fin de facilitar el movimiento de tropas, el emplazamiento de artillería defensiva de gran calibre⁷⁹ y la defensa en el supuesto de la caída de un tramo de muralla⁸⁰, como es el caso que nos ocupa. Podemos suponer que lo que realmente ocurrió, de ser cierto el derrumbe, del que no tenemos motivos para dudar, fue que los defensores se alojaron entre los escombros de la misma muralla entablado una lucha cuerpo a cuerpo, en la que tenían una pequeña pero importante ventaja, al existir, como ya hemos comentado, una fuerte pendiente que dificultaría las evoluciones del contingente cartaginés.

No obstante de ser cierto que se entabló una verdadera batalla en orden de combate, para la que se necesita mucho terreno despejado y relativamente llano, ésta sólo se podría producir en el extremo Norte del cerro, quizás en la Plaza de Estudiantes, lo que supondría la existencia de una línea defensiva ibérica que encerrase esta zona, estructura que no se ha documentado arqueológicamente hasta el momento⁸¹.

Tras ser derrotado el ejército púnico, que se tuvo que retirar hacia su campamento, Aníbal decidió dar un descanso a sus hombres, prometiendo a sus

⁷⁵ C. Aranegui e I. Pascual, 1993, 200.

⁷⁶ H. Bonet y C. Mata, 1991, 12-14.

⁷⁷ P. Rouillard, 1979.

⁷⁸ M. Oncina, 1987.

⁷⁹ G. Lafaye, «*Tormentum*», en Daremberg y Saglio, 1892, T. V, 366.

⁸⁰ Aen. Tact., XXXII, 12. Esta práctica está atestiguada ya en la guerra del Peloponeso, como en el caso del asedio de Platea. Th., II, 76.

⁸¹ Olcina comenta la existencia de un muro posiblemente ibérico en la parte alta de la Plaza de Estudiantes, que estaría en relación, no obstante, con los lienzos ibéricos descubiertos hasta el momento. M. Olcina, 1987; C. Aranegui e I. Pascual, 1993, 199.

soldados la ciudad entera y su contenido como botín con el fin de enardecer los ánimos de su ejército⁸², tal y como comenta nuestro historiador⁸³.

Mientras tanto los saguntinos habían trabajado día y noche para levantar un muro defensivo donde había caído el viejo, lo que sin duda responde antes a una reacción instintiva de los iberos que a un conocimiento de los tratados griegos del siglo IV sobre poliorcética, como el de Eneas el Táctico, que recomendaban este tipo de respuestas en concreto⁸⁴. La reparación de las fortificaciones en el transcurso de la batalla aparece en otras ocasiones en el discurso de Livio⁸⁵, por lo que hemos de considerar esta acción como frecuente en el transcurso de las operaciones de asedio y asalto de las ciudades ibéricas⁸⁶.

Hemos de suponer que este nuevo muro fue construido en adobe⁸⁷, en primer lugar por la rapidez en la construcción que facilita este material⁸⁸ y por la seguridad que supone el mismo clima del mediterráneo, normalmente seco⁸⁹, que evita la rápida disgregación de este material a causa de la humedad⁹⁰. A esto hay que sumar que el adobe es un material fácil y barato⁹¹ de elaborar⁹², que no requiere mano de obra especializada⁹³ y que es recomendado por su

⁸² Recordemos que el potencial económico de Sagunto pudo ser uno de los móviles de este movimiento bélico. De todos modos, el ofrecer la ciudad y sus contenidos como botín a los soldados era una práctica considerada como habitual que se realizaba con el fin de enardecer y motivar a la tropa. «Es una ley universal y eterna que, en una ciudad tomada por los enemigos en estado de guerra, todo, las personas y los bienes, pertenecen a los vencedores», X., *Cyr.* VII, 5, 73.

⁸³ Liv., XII, 11, 3-4.

⁸⁴ Aen. Tact., XXXII, 12. Filón de Bizancio recomienda que la planta de estos contramuros interiores, que denomina genéricamente *πρωτεύχισμα*, sea triangular para poseer dos ángulos de tiro sobre los eventuales enemigos que superasen la primera línea de defensa; Ph. Byz., C 18 en la traducción de Y. Garlan, 1974. Esta recomendación sería constante a lo largo de toda la antigüedad, tal y como se evidencia en Veg., *Epitome Rei Militari* III, 4, un texto escrito más de seis siglos después del primero.

⁸⁵ Concretamente en el transcurso de la defensa de *Hilurgis*, donde las mujeres y los niños acercan las piedras a los que trabajan en la reparación de la fortificación. Liv., XXVIII, 19.

⁸⁶ Ello explicaría numerosas reparaciones o ampliaciones de lienzos defensivos aparecidas en algunos yacimientos ibéricos que, siendo anteriores o coetáneas a la amortización de las defensas del yacimiento, resultan de construcción mucho menos sólida u ordenada, y frecuentemente con aspecto de haber sido realizados con precipitación.

⁸⁷ El adobe resulta uno de los materiales más utilizados durante todas las épocas para la construcción de los sistemas defensivos. R. Martin, 1965, 52-59. Incluso en época de Augusto, Atenas seguía conservando tramos de muralla levantada en adobe. Vitr., II, 8, 9.

⁸⁸ Recordemos el comentario de D.S., XIV, 18, 2-8 quien afirma que sin límite de mano de obra se pueden levantar treinta estadios de muralla de adobe -unos 5.400 metros- en veinte días.

⁸⁹ J. P. Adam, 1982, 19-20 incide sobre la importancia del factor climático para la conservación de las estructuras de adobe. En el caso que nos ocupa seguramente primó la rapidez en la construcción del nuevo muro defensivo sobre factores de cualquier otro tipo.

⁹⁰ En favor de esta utilización del adobe juega un comentario de Plinio el Viejo, quien comenta la existencia en Hispania de numerosas «...torres de barro edificadas en lo alto de las montañas». Continúa comentando que «De esta misma naturaleza son los parapetos que se levantan para fortificar los campamentos...». Plin., *N.H.*, XXV, 14, 169.

⁹¹ Sobre el debate entre la economía del material y sus cualidades frente al asedio ver Apolodoro de Damasco, *πολιρκητικόν*, 157, 7; 158, 3. Y. Garlan, 1974, 13.

⁹² R. Martin, 1965, 53.

⁹³ P. Leriche y O. Callot, 289-299. Sobre las marcas de cantero en los adobes como elemento de identificación de equipos especializados ver H. Treziny, 1986, 187 y J.C. Bessac y P. Leriche, 1992, 70-82.

plasticidad para reducir al mínimo los efectos de las diversas máquinas de asedio, sobre todo de la artillería de cuerda, ya que absorbe los impactos en lugar de fracturarse como haría un paramento de piedra⁹⁴.

Una vez restablecidas las fuerzas y con la tropa enardecida ante las perspectivas del enriquecimiento a costa de los tesoros de la ciudad⁹⁵, los cartagineses arremeten nuevamente contra las murallas, utilizando para ello una torre móvil de grandes dimensiones, equipada con piezas de artillería⁹⁶.

Tras barrer la muralla de defensores gracias a la posición privilegiada de tiro que suponía el emplazamiento de artillería en la torre móvil aproximada a la muralla, Aníbal envía a un cuerpo formado por unos quinientos africanos con picos con el fin de hacer brechas en la muralla⁹⁷, por donde penetraron grupos de hombres armados que ocuparon y fortificaron una zona alta en la que se emplazaron catapultas⁹⁸ con el fin de dominar las zonas más bajas de la ciudad⁹⁹. Con esto suponemos que esta penetración en la ciudad se hizo en un lapso de tiempo relativamente dilatado que permitió al mismo tiempo la construcción de una cabeza de puente adelantada frente a una fortificación interior levantada por los edetanos.

Con esta zona dominada se emprendieron trabajos, a cargo de Maharbal, segundo de Aníbal¹⁰⁰, de demolición de la muralla con tres arietes para impedir la posibilidad de que los asediados recuperasen posiciones y se pudiesen fortificar nuevamente aprovechando la primera muralla. Una vez inutilizada la

⁹⁴ Paus., VIII, 8, 6-9.

⁹⁵ Riquezas subrayadas por Plb., III, 17, 11; Liv., XXI, 7, 2; D.S., XXV, 15; App., *Iber.* 12.

⁹⁶ Liv., XXI, 11, 7: «Ipse Hannibal qua turris mobilis omnia munimenta urbis superans altitudine ager batur hortator aderat. Quae cum admota catapultis ballistisque per omnia tabulata dispositis...».

⁹⁷ Liv., XXI, 11, 8. Se podría considerar la posibilidad de que se tratase de un cuerpo especializado en obras de zapa y minado de estructuras defensivas, del mismo modo que tenemos constancia de cuerpos especializados en el ejército macedonio (Polyaen., *Strat.* IV, 2, 20), como el de escaladores de murallas que utilizaba normalmente Alejandro Magno (Arr., *Anab.* IV, 19, 1-3). A favor de la importancia de estas obras habla el que conozcamos los nombres de algunos de los ingenieros empleados por Alejandro, como Gorgos, ingeniero de minas o Crates, ingeniero hidráulico. Y. Garlan, 1974, 209. Más adelante en el discurso de Livio los africanos vuelven a aparecer como un cuerpo especializado, en este caso trepando por las murallas ayudados por clavos de hierro; Livio los define como hombres ligeros de cuerpo y ágiles por los frecuentes ejercicios. Liv., XXVIII, 19.

⁹⁸ Liv., XXI, 11, 10. Hay que suponer que estas catapultas serían de reducidas dimensiones en aras de una mayor capacidad de movimiento. Podemos hablar de una situación similar, aunque inversa, en el caso del asedio sufrido por la ciudad situada en el Cabezo de Alcalá de Azaila, donde los defensores fortificaron el templo *in antis* que se encuentra frente a uno de los accesos principales, situando en su interior una catapulta para la defensa de la puerta. M. Beltrán, 1984, 140.

⁹⁹ Podemos especular con la localización de esta cabeza de puente cartaginesa basándonos en el alcance de la artillería, entorno a los trescientos metros para los proyectiles de *oxybola* (J. Harmand, 1976, 224). Si aceptamos que el muro localizado en la zona alta de la Plaza de Estudiante es el cierre oriental del recinto defensivo ibérico (M. Oleina, 1987), la posición cartaginesa habría de encontrarse en una posición eminente, superior con seguridad a los 140 m.s.n.m., dentro de este radio de trescientos metros.

¹⁰⁰ Según Liv., XXI, 11, 13, Aníbal fue a sofocar rápidamente un levantamiento de los oretanos y los carpetanos (*Oretanos Carpetanosque*) que se resistían al rigor del llamamiento a filas por parte de los cartagineses.

muralla y con Aníbal al frente se emprende el asalto final a la ciudadela, tomándose una parte de la misma¹⁰¹.

Tras unas negociaciones en cuyo análisis no vamos a entrar¹⁰², las obras de zapa¹⁰³ consiguen el derrumbe de una torre, supuestamente perteneciente a la fortificación de la ciudadela¹⁰⁴, por la que penetra una cohorte de cartagineses que toma por fin la ciudad.

La terminología utilizada para definir las operaciones cartaginesas se encuentra bastante definida, ya que Livio distingue claramente en su narración entre *obsidio* y *oppugnatio*¹⁰⁵, términos cuya distinción radica en la forma, más que en el fin, de la actividad desarrollada por el contingente cartaginés; mientras *obsidio* designa una acción con la que se cerca y aísla a los defensores, bloqueándolos y creando cierto sentimiento de angustia, *oppugnatio* designa las acciones bélicas efectuadas con rapidez¹⁰⁶ y destinadas a la toma de una ciudad, sin que llegue a existir realmente un asedio como tal¹⁰⁷.

Obras y máquinas

Uno de los aspectos que resultan de gran importancia en el texto de Livio son las descripciones de las obras y la maquinaria empleada por el ejército púnico para la toma del *oppidum* ibérico, especialmente detalladas.

¹⁰¹ Liv., XXI, 12, 3: «Itaque ad ipsam arcem extemplo ductus exercitus, atroxque proelium cum multorum utrimque caede initum et pars arcis capta est». Resulta interesante la afirmación de la existencia de una ciudadela (*arcem*) en el interior del *oppidum*, ciudadela que, de haber existido realmente, hemos de pensar que ocupase la cota más alta del actual Castillo de Sagunto.

¹⁰² Liv., XXI, 12, 4-13, 9.

¹⁰³ Sería conveniente distinguir claramente entre mina o *cuniculo*, galería subterránea construida por los atacantes con el fin de horadar los cimientos de las estructuras defensivas, y zapa, término con el que se designa cualquier tipo de obra por encima de la superficie destinada a destruir las mismas estructuras defensivas. Las minas aparecen concretadas en los textos latinos mediante las fórmulas *cuniculo suffosa moenia* o *cuniculo urbem capere*, según sea su función la de provocar la ruina de las murallas, el primer caso, o lograr introducir un número de hombres en el interior del recinto mediante un túnel al efecto. Du Masnil-Du Buisson, 1938. Parece inferirse del texto de Liv., XXI, 14, 2 («Turris diu quassata prociderat...»), que la torre había sido batida mediante una acción conjunta de arietes y zapadores.

¹⁰⁴ Liv., XXI, 14, 2: «...alius insuper tumultus ex arce auditur. Turris diu quassata prociderat...».

¹⁰⁵ Liv., XXI, 8, 1: «Obsidio deinde per paucos dies magis quam oppugnatio fuit...».

¹⁰⁶ Posiblemente Livio se refiera con este término concretamente al asalto continuo, método de origen púnico consistente en atacar una posición con oleadas sucesivas de intensidad creciente que acaban debilitando a los defensores si no existe un contingente lo suficientemente importante como para permitir oponer a cada oleada un relevo de defensores. Los griegos, tras la experiencia de Siracusa a finales del siglo V a.C. pasaron a adoptarlo rápidamente. Y. Gartan, 1972, 121.

¹⁰⁷ Esta diferenciación se hace patente en los términos empleados por el ejército romano; *Repentina Oppugnatio* para referirse al asalto, método que Félix Cordente ve de origen cartaginés, suponemos que refiriéndose al asalto continuo, *Obsidio* u *Obsessio* para el bloqueo y *Longinqua Oppugnatio* para lo que podríamos definir como un método mixto que participa de los dos anteriores. F. Cordente, 1992, 156.

Pese a las precauciones de los saguntinos, que habían reforzado el ángulo de la muralla que se abría hacia el valle con una torre y una mayor altura¹⁰⁸, Livio nos dice que Aníbal decidió acometer la muralla en este punto con un ariete (*aries*) cubierto por unos manteletes (*vineas*)¹⁰⁹, sin especificar su número ni su naturaleza.

Los ángulos de las construcciones defensivas suelen ser el punto más vulnerable de las mismas a la artillería¹¹⁰ y a los impactos en general, por lo que los tradistas bélicos de la antigüedad recomendaban la construcción de las torres y salientes de la murallas evitando los ángulos rectos hacia el exterior¹¹¹. La altura de las murallas en este punto posiblemente fue otro de los motivos que motivó al general cartaginés a utilizar el ariete¹¹² en este punto concreto, debido a que la mayor altura de cualquier estructura redundaba en el detrimento de su estabilidad¹¹³.

No en vano el ariete¹¹⁴ es considerado por Vitrubio como un invento cartaginés¹¹⁵, aunque se conocen representaciones de arietes primitivos ya desde el tercer milenio¹¹⁶, y completamente perfeccionados en Asia occidental desde el imperio asirio¹¹⁷. Su introducción en occidente podría remontarse a una fecha comprendida entre el siglo VIII y el V a.C.¹¹⁸. Una de las primeras apariciones del ariete en las fuentes clásicas la tenemos en el contexto del asedio de Selinunte por parte de los mismos cartagineses, asedio en el que Diodoro comenta la utilización de arietes y de torres móviles¹¹⁹, de donde pasaría rápidamente a Grecia¹²⁰.

¹⁰⁸ Liv., XXI, 7, 7: «Et turris ingens imminebat, et murus, ut in suspecto loco, supra ceterae modum altitudinis emunitus erat, ...».

¹⁰⁹ Liv., XXI, 7, 5: «Adversus eum vineas agere instituit, per quas aries moenibus admoveri posset».

¹¹⁰ E. W. Marsden, 1969, 135. A. W. Lawrence, 1979, 378 aventura la fecha del 347 a.C. para las primeras modificaciones estructurales en las torres debido al uso de la artillería, modificaciones como pueden ser el abatimiento de los ángulos en las torres o la generalización de las plantas circulares, que absorben mucho mejor los impactos en general.

¹¹¹ Por ejemplo Vitruv., I, 8. Filón de Bizancio recomienda la construcción de murallas curvas allá donde el terreno se llano o casi llano, para lograr una mayor visión del pie de la muralla, creando un fuego cruzado, y para repartir el impacto de la artillería. Ph. Byz., V, A 39-42.

¹¹² Y. Garlan, 1972, 125 establece netas diferencias entre el ariete tradicional y el trépano, que al ir sobre rodillos, permitía una mayor precisión en el impacto.

¹¹³ W. Soden y V. Foley, 1979, 101.

¹¹⁴ El ariete de grandes dimensiones aparece denominado como κρτός, diferenciándose así del llamado por Tucídides εὐβολή (Th., II, 76, 4) que podía ser manejado por unos pocos hombres. C. de la Berge, «Aries», en Daremberg y Saglio, 1892, T.I.1, 422-423.

¹¹⁵ Vitruv., X, 13, 1-2, seguido por Tert., *De Pallio* I, comenta que su primera utilización por parte de los cartagineses fue concretamente frente a Gadeira, basándose para esta afirmación en un texto de Ateneo el Mecánico. W. Sackur, 1925, 100.

¹¹⁶ Aparecen representaciones muy primitivas de arietes en la tumba de Anta, del Alto Egipto, tumba de la V dinastía, y en la pintura mural de la tumba de Khety en Beni-Hasan. Y. Garlan, 1974, 139.

¹¹⁷ W. Soden, 1963, 140.

¹¹⁸ P. Bosch Gimpera, 1951, 287.

¹¹⁹ D.S., XIII, 54-55.

¹²⁰ No obstante, nos encontramos con algunas posibles menciones de arietes para el solar heleno en fechas inmediatamente anteriores, como las que se han querido ver en el asedio de los mesenios sobre Oinía-

La aproximación del ariete cartaginés a la defensa saguntina se facilitó mediante el uso de manteletes (*vineas*), ingenios consistentes en una cubierta fijada siempre al terreno¹²¹, lo suficientemente resistente como para soportar los proyectiles arrojados por los defensores. Era utilizada por los atacantes para defenderse del fuego enemigo en sus aproximaciones a la muralla¹²², cuando debían permanecer bajo ella realizando algún tipo de obra, como es el caso que nos ocupa; la aproximación de ingenios a las murallas o la construcción de minas¹²³.

Otro elemento de frecuente aparición en los programas de asedio fue la torre móvil, utilizada en este caso por los cartagineses para acometer nuevamente contra Sagunto. Construyeron para ello una torre móvil que ganaba en altura a todas las fortificaciones de la ciudad¹²⁴, torre con varios pisos dotados de diversas piezas de artillería, utilizada para barrer de defensores las murallas¹²⁵. La utilización de torres móviles armadas en todas sus plantas con artillería neurobalística¹²⁶ tiene su origen a mediados del siglo IV a.C. en la penín-

dai, entre el 454 y el 438 a.C., datación ofrecida por Y. Garlam, 1974, 131, quien la desvincula de la campaña de Pericles del 455-454 (Th., I, 111; D.S., IX, 85, 1-2), basándose en L. Lerat, 1952, 34-36, donde Diodoro comenta el uso de todo tipo de maquinaria para destruir las murallas (D.S., IV, 25, 2), aunque el mismo Diodoro parece contradecirse al afirmar que Pericles fue el primero en utilizar tortugas y arietes en el asedio de Samos (D.S., XII, 28, 3) del 429 a.C., artefactos que habrían sido inventados en este caso por el ingeniero Artemón de Clazomene (Plut., *Per.* 27; Plin., *N.H.* VII, 56; B. Gille, 1985, 29). Otros autores son partidarios de una fecha algo posterior para la aparición del ariete, en concreto se baraja la del 429 a.C., en el transcurso del asedio de Platea (J. Vela, 1991, 223.). Será en relación a este mismo asedio donde tenemos una de las más antiguas y mejores descripciones de un ariete en funcionamiento, ya que Tucídides describe una cabeza pesada de plomo aproximada a la muralla que se hacía retroceder con dos cadenas a ambos lados, impactando contra la misma al soltar las cadenas al mismo tiempo (Th., II, 76, 4).

¹²¹ En esto radica la diferencia entre los manteletes y las tortugas. Las tortugas (*κέλοσ* o *testudo*) consisten en protecciones móviles concebidas para desplazarse al mismo tiempo que los atacantes, permitiendo la aproximación de las tropas de asedio sin temor a ser alcanzados por los proyectiles de los defensores. Una de las primeras descripciones de estos artefactos la encontraríamos en el comentario de Jenofonte sobre el asedio de Larissa el 399 a.C. (X., *Hel.* III, 1, 7). Estas tortugas solían estar construidas de madera, con diversas capas de protección en las zonas superior y frontal, consistentes en maderas, pieles e incluso láminas metálicas algunas veces dotadas también de ariete (*testudo arietaria*).

¹²² Aen. Tact., XXXIII, 1 recomienda que se utilicen materiales incendiarios para destruir las tortugas y los manteletes, y si esta medida resulta ineficaz, se proceda a un ataque directo desde el interior. Ya en el asedio de Regio por parte de Dionisio I de Siracusa (386 a.C.) los asediados se defienden lanzando a las máquinas haces de leña encendida con cuerdas (D.S., XIV, 108, 4), recurso que debía ser muy común a juzgar por su frecuente aparición en las fuentes. J. Vela, 1992, 227-228.

¹²³ Como frente a Larissa. X., *Hel.* II, 1, 7. En el caso de Sagunto la construcción de minas era completamente imposible al estar asentadas las murallas sobre la roca viva (P. Rouillard, 1979, 16), tal y como recomendaban los tratadistas.

¹²⁴ Liv., XXI, 11, 7: «Ipse Hannibal qua turre mobilis omnia munimenta urbis superans altitudine agebatur hostator aderat».

¹²⁵ Liv., XXI, 11, 7. «Quae cum admota catapultis ballistisque per omnia tabulata dispositis muros defensoribus nudasset». Esta parece ser la verdadera función de la artillería de cuerda, y no la de hacer una brecha en las defensas, lo que auténticamente se buscaba era destruir los parapetos superiores de los defensores, imposibilitando su acción desde la parte superior de las murallas.

¹²⁶ Este término designa genéricamente toda la artillería de cuerda donde las fustas del arco se encuentran separadas entre sí y unidas solamente por las cuerdas, siendo su principio de propulsión el de la torsión de un haz de fibras elásticas. E.W. Marsden, 1969, 16.

sula helena, aunque la utilización de torres móviles en asedios se remonta mucho más en el tiempo¹²⁷. Estas torres solían estar recubiertas de planchas de hierro, cuero o cualquier otro material que pudiese garantizar la seguridad de la estructura frente al fuego enemigo¹²⁸.

La aproximación a una muralla suponía la realización de numerosas obras para allanar el terreno, ya que estas máquinas no pueden salvar ningún tipo de obstáculo, por mínimo que éste sea. Era frecuente la construcción de una rampa o *agger* de fuerte pendiente¹²⁹ con el fin de ganar todavía más altura frente a las defensas de la ciudad; mediante un sistema de poleas y ayudados de animales de tiro¹³⁰, se hacía ascender la torre por la rampa hasta situarla en una plataforma reforzada próxima a la muralla, desde donde dominarla con el fuego de la torre y poder facilitar el acceso a la misma.

No creemos que se pueda considerar la torre mencionada por Livio como una helépole¹³¹, ingenio consistente en una torre móvil de asalto que reunía entre sus atributos arietes en un primer nivel, puentes volantes¹³² para facilitar el acceso de los asaltantes al camino de ronda de la muralla y todo tipo de artillería de diverso

¹²⁷ El origen de las torres de asedio parece que hay que buscarlo en un texto de Mari de entre el 1800 y el 1700 a.C. (Y. Garlan, 1974, 163). En una fecha mucho más próxima fueron los mismos cartagineses quienes las utilizaron en la toma de Selinunte (D.S., XIII, 54-55), impresionando vivamente a Dionisio de Siracusa, quien decidió armarse del mismo modo (B. Gille, 1985, 23; D.S., XIII, 54-55; 59, 62), utilizando el nuevo material por primera vez contra Motye (D.S., XIV, 48). Una de las primeras menciones de estas máquinas las tenemos en el tratado de Eneas el Táctico (Aen. Tact., *Poliorcética* XXXII, 1), fechada entre el 360 y el 346 a.C., aunque hay investigadores que ven entre líneas la utilización de torres móviles en el asedio de Potidea (J. Vela, 1991, 222 basándose en Th., II, 58). No obstante existen serias dudas acerca de la definición de dichos ingenios como torres móviles ya que Tucídides, excepto en el caso de los arietes, recurre siempre a términos confusos con los que resulta difícil precisar la naturaleza de las máquinas de asalto (B. Gille, 1985, 17).

¹²⁸ Como caso extremo, ejemplo del cinismo humano presente desde siempre en todas las guerras, citemos el caso de Agatocles quien, durante el asedio de Utica hizo construir una torre de asalto que aproximó a las murallas con prisioneros de la misma ciudad vivos colgados por el exterior para evitar los proyectiles enemigos. D.S., XX, 54, 2.

¹²⁹ El texto de Livio no nos dice nada acerca de la construcción de ninguna rampa para la torre, simplemente comenta que la torre fue aproximada a la muralla, aproximación para la que fue necesaria sin duda alguna algún tipo de obra. Contamos con el caso, próximo en el espacio, de la rampa construida para el asalto de la ciudad ibérica localizada en el Cabezo de Alcalá de Azaila, realizado en el contexto de las guerras sertorianas (M. Beltrán, 1984, 129), aunque nuevamente son las fuentes las que nos proporcionan un dato precioso al respecto, al describir César el *agger* que construyó para la toma de *Avaricum* y el tiempo que invirtió en ello; veinticinco días (Caes., *De B.C.* II, 1).

¹³⁰ Como cifra aproximativa, aunque posiblemente exagerada, Diodoro comenta que para mover la máquina que utilizó Demetrio Polioretetes frente a Rodas eran necesarios tres mil cuatrocientos hombres. D.S., XX, 91, 2-8.

¹³¹ Una extensa descripción de estas, literalmente, «tomadoras de ciudades» la encontramos en B. Gille, 1983, 51.

¹³² Denominados también *sambuca* o σαμβύχη (A. de Rochas, «Sambuca», en Daremberg y Saglio, 1892, T.IV.2, 1061-1062) Los puentes volantes consistían en rampas que permitían acceder a pie desde la torre a la muralla y de cuyo uso tenemos ya datos en el asedio de Massaga por parte de las fuerzas macedónicas (Arr., *Anab.* IV, 26, 6), aunque lo podemos localizar algo antes, en el asedio de Mozia -Motye- (D.S., XIV, 51, 7).

calibre¹³³. Éste no parece ser el caso de la torre utilizada por Aníbal, que se limitó solamente a desgarnecer la zona superior del lienzo defensivo¹³⁴.

Esta es la primera ocasión en que Livio hace referencia específica del empleo de artillería de cuerda por parte del ejército cartaginés, que posiblemente fue utilizada desde un primer momento¹³⁵. Estos ingenios, cuya descripción detallada sería imposible en estas pocas líneas, parecen ser inventados por un grupo de ingenieros¹³⁶ reunidos por Dionisio el Viejo de Siracusa a finales del siglo V a.C.¹³⁷ para preparar su ofensiva en la isla. Esta preparación técnica se debió posiblemente al sitio y toma de Selinunte por parte de los cartagineses¹³⁸, sitio en el que hicieron gala de magníficas torres de asalto y arietes, causando una honda impresión al siracusano¹³⁹. Los primeros ingenios de este tipo al parecer fueron las *oxybolas*¹⁴⁰, máquinas cuyos proyectiles eran

¹³³ Estas *helépoles* no son sino torres móviles armadas de todos los medios posibles. Parece ser que hacen su aparición por primera vez en el 340 en el marco del asedio de Bizancio (Y. Garlan, 1974, 228). Poseemos una descripción fiable de la *helépole* que construye Polyeydos, ingeniero de Alejandro (E.W. Marsden, 1971, 71-73). Esta *helépole* poseería una sistema interior de ruedas y poleas para que se pudiese acercar a la muralla por sus propios medios, sin depender de ningún tipo de tracción exterior, que era lo más frecuente (B. Gille, 1985, 51-52). Una de las descripciones más completas de una *helépole* la tenemos en boca de Diodoro (D.S., XX, 91, 2-8), quien comenta ampliamente la máquina construida por Epimachos el Ateniense para Demetrio Poliorcetes en el transcurso del asedio de los muros de Rodas el 304 a.C., ingenio descrito por el mismo Vitrubio (Vitr., X, 16, 4), quien nos habla de una máquina muy elaborada de ciento veinticinco pies de altura y sesenta de lado capaz de resistir el impacto de un proyectil de trescientas sesenta libras, algo más de 131 kilogramos.

¹³⁴ El primer caso para el que tenemos constancia de este uso específico de la artillería es el asedio de Tiro (E. W. Marsden, 1969, 103). W. Soedel y V. Foley, 1977, 96 insisten en que ésta era la función principal, y prácticamente la única a juicio de estos autores, de la artillería.

¹³⁵ Yvon Garlan afirma que las escasas menciones de la artillería como tal en las fuentes clásicas se deben a lo usual y frecuente de la utilización de estos ingenios: Y. Garlan, 1974, 216.

¹³⁶ Según D.S., XIV, 41, Dionisio les hizo venir desde todas las ciudades sometidas a su influencia, acogiendo incluso a algunos ingenieros cartagineses atraídos por los altos salarios.

¹³⁷ Sobre el origen de las catapultas con Dionisio el Viejo de Siracusa; D.S., XIV, 42; A. Ferrill, 1985, 170; Y. Garlan, 1974, 124; 1988, 124; G. Lafaye, «Tormentum» en Daremberg y Saglio, 1892, T. V, 363; B. Gillé, 1985, 23; S. Hornblower, 1985, 208; E.W. Marsden, 1969, 16; A. McNicoll, 1986, 307, que da como fecha del descubrimiento de la catapulta el 403 a.C., y W. Soedel y V. Foley, 1979, 92, entre un largo etcétera.

¹³⁸ B. Gille, 1985, 23.

¹³⁹ D.S., XIII, 54-55. Sobre esta misma influencia cartaginesa, P. Léveque, 1968, 272. W.W. Tarn, 1930, 102 señala irónicamente que los conocimientos en asedios de los cartagineses tenían un claro origen oriental, conocimientos que serían adquiridos y desarrollados por Dionisio de Siracusa y que a su vez pasarían a manos de los griegos, que acabarían dándole el desarrollo final precisamente con Alejandro, frente a Oriente.

¹⁴⁰ Las *oxybolas* fueron sin duda las catapultas más frecuentes; de reducidas dimensiones (las *oxybolas* de proyectiles de tres *sphitamos* pesarían unos cuarenta kilogramos, mientras que los ejemplares más grandes, que lanzaban proyectiles de tres codos -casi dos metros-, llegarían a pesar no más de trescientos kilogramos. G. Lafaye, «Tormentum» en Daremberg y Saglio, 1892, T. V, 366), eran fácilmente transportables y de una gran precisión, sobre la que insiste Aristóteles en su *Política* VII, 10, 6. Su alcance era desmesurado para la época, calculándose en unos 300 ó 400 metros en tiempos de Filipo II de Macedonia (J. Harmand, 1973, 224). Diodoro menciona explícitamente que el arma de mayor alcance en uno de los asedios de Salamina era la *oxybola* de tres *sphitamos* (D.S., XX, 49, 4.), unos 69,3 centímetros. Generalmente, los dardos poseían unas medidas que oscilaban entre los 70 y los 185 centímetros según Y. Garlan, 1989, 124. El emplazamiento de las *oxybolas* en las torres de asalto fue frecuente a partir de Filipo II como se puso de manifiesto en el asedio de Perinto (Y. Garlan, 1989, 125, basándose en D.S., XVI, 74, 4) pasando de este

estrictamente dardos, posteriormente, y ya en solar heleno, aparecerán las litobolas¹⁴¹, que arrojaban a su vez las familiares esferas de piedras.

Como importante elemento de contraste en relación con la artillería utilizada por Aníbal frente a Sagunto contamos con la descripción de las catapultas existentes en el arsenal de Cartago al final de la Segunda Guerra Púnica: 120 *oxybolas* grandes, 281 pequeñas, 23 litobolas grandes y 52 pequeñas, que hacen un total de 476 catapultas a las que hay que añadir más de 2500 *oxybolas* pequeñas que Tito Livio, en un claro anacronismo¹⁴², denomina escorprios¹⁴³.

Esta lista nos está indicando a priori un intenso uso de la artillería de cuerda por parte del ejército cartaginés durante la Segunda Guerra Púnica¹⁴⁴, por lo que no resulta tan extraño que algunos autores clásicos considerasen a la *ballista*, o *litobola*, como un invento púnico¹⁴⁵.

Livio se refiere a estos ingenios con los términos de catapulta y *ballista*¹⁴⁶, terminología bastante frecuente en la época de Augusto, cuando Livio

modo a ser un elemento frecuente con Alejandro Magno, quien la utilizó sistemáticamente, como se puso de manifiesto en los asedios de Halicarnaso (Arr., *Anab.* I, 22, 2), Tiro (D.S., XVII, 42, 7; 43, 1; 45, 2-3), Gaza de Palestina (Arr., *Anab.* II, 27, 4), Aornos (Arr., *Anab.* IV, 29, 7) o Massaga (Arr., *Anab.* IV, 26, 5).

¹⁴¹ Las *litobolas* λιθοβόλοι o petrobolas πετροβόλοι, cuyo nombre procede de un cuerpo especial macedonio que combatía lanzando piedras (Y. Garlan, 1974, 214), se crean con toda probabilidad en Macedonia, entre el 353 y el 341 a.C. (E.W. Marsden, 1969, 60). Parece fuera de toda duda para este autor que estas máquinas surgen como consecuencia de la revolución táctica y técnica promovida por Filipo II de Macedonia, quien reestructuraría el ejército instituyendo nuevos cuerpos como los compañeros o *hetairoi* (D.S., XVII, 16, 1-2; Arr., *Anab.* I, 18, 6-9; II, 7, 3-9; III, 11, 8; N.G.L. Hammond, 1989, 104), los *pezetairoi* (A. Aymard, 1948, 130), y los *asthetairoi*. No obstante el cambio auténticamente revolucionario fue la creación de la denominada falange macedónica, formación cerrada donde *pezetairoi* y *asthetairoi* se encontraban armados con una lanza de hasta 16 codos de longitud (Plb., XVIII, 29, 2), unos seis u ocho metros, la denominada *sarissa* (M. Andronicos, 1970, 91), y cubiertos por un escudo circular de más de sesenta centímetros de diámetro, colgado del cuello por una tira de cuero (Y. Garlan, 1972, 97). Aparecen estas máquinas mencionadas por primera vez en las fuentes en el sitio de Halicarnaso el 334 a.C. (Arr., *Anab.* I, 22, 2 según E.W. Marsden, 1969, 101). En sus primeros modelos, que llegaban a medir hasta siete metros de altura (G. Lafaye, «*Tormentum*» en Daremberg y Saglio, 1892, T. V, 365) estas máquinas arrojaban proyectiles de un talento de peso, llegando a arrojar los modelos más desarrollados proyectiles de hasta tres talentos (E.W. Marsden, 1969, 105). La utilización de estos ingenios no era antipersonal, como en el caso de las *oxybolas*, sino que se utilizó para desguarnecer de defensas y defensores la parte superior de las murallas, aunque posiblemente se empleasen también para bombardear el casco urbano con tiros de mucha parábola, desmoralizando de este modo a la población y a los mismos defensores. (E.W. Marsden, 1969, 103).

¹⁴² Liv., XXVI, 47, 5.

¹⁴³ Pese a que Plinio los consideraba como un invento de los cretenses (Plin., *N.H.* VII, 56) los escorprios eran pequeñas *oxybolas* que perfeccionó y desarrolló el ejército romano, explotando su movilidad y facilidad de manejo, pero hasta época de Vespasiano no sería un arma reglamentaria y común en las legiones. Ios., *A.I.* V, 6, 3; G. Lafaye, «*Tormentum*» en Daremberg y Saglio, 1892, T. V, 368.

¹⁴⁴ El desarrollo mismo de la guerra impidió el suministro de Aníbal cuando éste se encontraba en solar itálico, de tal modo que hay quien afirma que el general cartaginés no acometió contra Roma porque no poseía ninguna maquinaria de asedio, cuyo gran peso dificultaba su transporte y obligaba a transportarlo por vía marítima (Y. Garlan, 1974, 208; D.S., XVIII, 22, 5; 24, 1).

¹⁴⁵ Nos estamos refiriendo concretamente a Plinio en su *Historia Naturalis* VII, 56.

¹⁴⁶ Liv., XXI, 11, 7: «...catapultis ballistisque...».

escribe su obra¹⁴⁷, posiblemente debido a la obra de Vitrubio, quien se refiere con el término de *catapulta* o *scorpio* a las piezas de artillería que arrojaba flechas (*sagitta*)¹⁴⁸, reservando el término de *ballista* para las que arrojaban proyectiles de piedra¹⁴⁹.

Más adelante en el relato de Livio, la afirmación de la existencia de puestos de control permanentes establecidos por los cartagineses, *stationes opera*¹⁵⁰, puede implicar la construcción alrededor de la ciudad de un *vallum*¹⁵¹ obra que se puede intuir como tal algo más adelante en el discurso del autor, al hacer referencia a la existencia de un campamento cartaginés permanente¹⁵²; ya que los cartaginenses tras ser derrotados en un combate cuerpo a cuerpo son puestos en fuga hacia su campamento¹⁵³, del que no poseemos ningún tipo de descripción pero que hemos de suponer muy similar a los romanos¹⁵⁴ dados los

¹⁴⁷ Livio comenzaría a redactar su obra no antes del 27 a.C. J. Bayet, 1981, 256.

¹⁴⁸ Vitrubio identifica *catapulta* con *scorpio* en X, 10, 11, 1 aunque establece netas diferencias entre ambos términos en X, 1, 1, 8 y X, 10, 16, 1, y en X, 10, 13, 6 y X, 10, 15, 4, diferencias basadas en el tamaño, reservando el término de *scorpio* para las *catapultae* pequeñas. L. Callebat y P. Fleury, 1986, 199.

¹⁴⁹ Los términos de *catapulta* y *scorpio* aparecen opuestos a *ballista*, con el sentido que hemos visto, en X, 10, 11, 1 y X, 10, 13, 7. Esta terminología, así como las descripciones que realiza el arquitecto de los distintos elementos de las piezas de artillería, parecen provenir de la utilización por parte de Vitrubio de textos conservados de Ateneo Mecánico, W. Sackur, 1925, 99-101.

¹⁵⁰ Liv., XXI, 7, 8.

¹⁵¹ *Senso estricto* un *vallum* es la empalizada que forma parte de un conjunto de obras defensivas formado por un foso, un talud tras él elaborado con la misma tierra desalojada y un parapeto o empalizada coronando dicho talud. Recibe este nombre debido a que está formada por el ensamblaje de innumerables *valli*, estacas o vigas de madera clavadas en el suelo y atadas entre sí (R. Cagnat, «Vallum» en Daremberg y Saglio, 1892, T.V, 626). La construcción de esta obra que aislaba completamente a los defensores, impidiendo toda salida de mensajeros y entrada de eventuales ayudas, era un recurso habitual que sería utilizado sistemáticamente por el ejército romano. (Caes., *BG.* VII, 72), por lo que debemos dudar al menos de la afirmación de la construcción de esta obra con todos sus elementos componentes, fosos, talud y empalizada, por parte de Apiano (App., *Iber.* 10), quien de seguro consideraba esta obra como necesaria para el asedio prolongado de cualquier centro urbano medianamente importante, dadas las fechas en las que redactó su obra. De todos modos podemos suponer que la construcción de esta obra perimetral probablemente no hubiese supuesto una gran inversión de tiempo tal y como parecen indicar las dos semanas, a lo sumo, en las que la *Legio X Fretensis* levantó 3.700 metros de *circumvallatio* alrededor de Massada (F. Cordente, 1992, 165). Los casi tres siglos de margen entre ambos sucesos no constituyen ningún tipo de problema, dado que la técnica militar entre ambos momentos no sufrió ningún avance notable.

¹⁵² Liv., XXI, 9, 2, «...postremo fustum fugatumque in castra redigunt». La construcción de un campamento estable, como se deduce de la utilización del término *castra*, implica una gran inversión de esfuerzos en la que se pudo incluir una obra para aislar completamente la ciudad, como hemos visto en la nota anterior.

¹⁵³ Liv., XXI, 9, 2.

¹⁵⁴ Sobre los *castra* romanos, en cuyo estudio no vamos a entrar, existen numerosas descripciones tanto en los mismos textos clásicos como en la bibliografía moderna. Entre los primeros destaca la enormemente importante descripción de primera mano de Plb., VI, 26, 10-42, o las numerosas referencias de César en sus obras *De Bello Civile* y *De Bello Galico*. Más adelante en el tiempo, concretamente en el siglo III d.C., encontraremos obras fundamentales como pueden ser la de Veg., *Epitome Rei Militari*, o la de Higinio, también conocido como Pseudohiginio, *De Metatione Castrorum* o *De Munitionibus Castrorum*. En los segundos encontramos una larga lista de autores, sobre todo anglosajones, que han dedicado y dedican sus esfuerzos a este tema, señalemos solamente algunos de los más importantes como R.E.M. Wheeler, 1964, 31; J.P. Wild, 1969; M.J. Jones, 1975; A. Johnson, 1983; J. Maloney y B. Hopley, 1983; J. Lander, 1984; J. Crickmore, 1984; G. Webster, 1988, y en relación a la península ibérica tenemos que señalar el reciente trabajo de A. Morillo, 1991 y el que se encuentra realizando en estos mismos momentos Mike Dobson, profesor de la Universidad de Exeter, Inglaterra.

comentarios sobre los mismos que aparecerán posteriormente en la obra de Livio, en relación con las operaciones del general cartaginés en el solar itálico.

Naturalmente con los datos disponibles no podemos afirmar la existencia de un vallum alrededor del oppidum edetano, pero sí podemos especular con la posibilidad de su construcción, dada su frecuente aparición en los programas de asedio y su habitual vinculación con los campamentos estables en torno a las ciudades asediadas.

Livio comenta cómo tras esta retirada Aníbal deja próximos a la ciudad tan sólo unos guardias para vigilar los manteletes y las obras de asedio¹⁵⁵, de lo que debemos deducir que habitualmente en tiempo de descanso el ejército cartaginés no retiraba las máquinas de asalto de sus posiciones, sino que las mantenía y las dejaba vigiladas con el contingente necesario con el fin de no perder el terreno ganado y evitar su destrucción por parte de los asediados.

Resulta especialmente interesante la construcción de una cabeza de puente adelantada por parte del contingente púnico, definida con el término *castellum*¹⁵⁶, frente a una fortificación interior levantada por los edetanos para proteger la zona no ocupada aún¹⁵⁷.

La muralla de Sagunto

Las operaciones contra la muralla edetana por parte del ejército de Aníbal, además de las intensas reformas sufridas posteriormente¹⁵⁸ han contribuido a

¹⁵⁵ Liv., XXI, 11, 3. «...Hannibal, quia fessum militem proeliis operibusque habebat, paucorum iis dierum quietem dedit, stationibus ad custodiam vinearum aliorumque operum dispositis».

¹⁵⁶ Liv., XXI, 11, 10: «Locum quoque editum capiunt collatisque eo catapultis ballistisque, ut castellum in ipsa urbe velut arcem imminuentem, muro circumdant». La construcción de un *castellum* rodeado por una muralla en el interior de Sagunto en el transcurso de la operación bélica, habla en favor de la rapidez de construcción de los cartagineses, además de la livianez de los materiales empleados, casi con toda seguridad adobe. La utilización de este término y no de otros como *propugnaculum*, torre de pequeñas dimensiones situada en una cota alta, nos parece indicar que esta obra no era de reducido tamaño. El hecho de que este *castellum* se vincule con un *muro* puede prestarse a cierta confusión dado que los *castella* permanentes se denominan *castella murata* (C. Thierry, «*Castellum*» en Daremberg y Saglio, 1892, T.I.2, 936-937), confusión que debe quedar anulada por el mismo contexto.

¹⁵⁷ Liv., XXI, 11, 10: «...et Saguntini murum interiorem ab nondum capta parte urbis ducunt». Esta línea interior fortificada que se realizó ante el hecho de la caída de la primera línea defensiva, no resultaría, *sensu stricto*, una διατείχιση, que no es sino una línea defensiva interior construida como consecuencia de una planificación defensiva global del asentamiento, previa a cualquier tipo de confrontación bélica (P. Gros, 1992, 213). Tampoco podemos considerar tal obra como una προτείχιση; un contramuro tras la muralla para trasladar allí la defensa caso de superarse la primera línea de defensa, aunque son numerosas las acepciones de este término: pese a que el primer sentido es el que acabamos de ver, frecuentemente es utilizado para denominar los pequeños muretes situados extra muros que crean un nivel defensivo inmediatamente frente a la muralla. Ph. Byz., C 18; A. de Rochas, «*Munitio*» en Daremberg y Saglio, 1892, T.III.2, 2037; Y. Garlan, 1974, 120; D. Pringle, 1981, 132. El mismo término se aplica en ocasiones con el sentido de una retirada precipitada de un contingente: Ph. Byz., C 33; Plb., XVI, 31, 5-8; 33, 1; XXI, 28, 2.

¹⁵⁸ C. Aranegui, 1986, 155 puso de relieve las intensas transformaciones realizadas en el Castillo de Sagunto desde el final mismo de la Segunda Guerra Púnica; tanto aterrazamientos como superposiciones ver-

que los restos de la misma sean tan reducidos que durante tiempo se dudó incluso de su existencia. La primera obra realmente importante sobre Sagunto se remonta a finales del siglo pasado¹⁵⁹, donde aparecen mencionados lienzos de muralla formados por mampuestos definidos como ciclópeos. Salvo algunas pequeñas apariciones en el mercado científico¹⁶⁰, habrá que esperar hasta bien entrado el siglo xx para que se efectúen excavaciones por parte de González Simancas y Beltrán Villagrasa, excavaciones que no interesaron la muralla aunque González Simancas no dude del carácter ibérico del lienzo de muralla situado en la ladera Sur¹⁶¹, lo que será aceptado posteriormente por Beltrán Villagrasa¹⁶². Posteriormente, y salvo algunas breves menciones, tenemos que destacar las excavaciones efectuadas por Rouillard¹⁶³, que constituyen nuestra principal fuente de información arqueológica sobre este particular. Estas excavaciones exhumaron sendos tramos de muralla en las laderas meridional y occidental del cerro. Con posterioridad Olcina quiso ver en un muro existente en la zona superior de la Plaza de Estudiantes lo que sería un tramo del lienzo oriental de la muralla ibérica¹⁶⁴.

Volviendo al relato de Livio, debido a la fragilidad estratégica de la zona de la muralla más próxima al valle, se había tenido la precaución de reforzar las defensas; la muralla tenía en esta zona una mayor altura, y estaba cubierta por una gran torre¹⁶⁵, ya que estos elementos defensivos se solían situar allá donde la defensa debía ser especialmente intensa, con el fin de multiplicar la intensidad del fuego sobre el enemigo¹⁶⁶, entablándose de este modo un grave conflicto entre las fuentes escritas, que aseguran como hemos visto la gran altura de las murallas, y las arqueológicas, que hasta el momento sólo han documentado una anchura máxima de 1,80 y mínima de 1,30 metros para la muralla ibérica de Sagunto, lo que resulta a todas luces insuficiente para soportar una estructura de altura, a no ser que ésta estuviese constituida en su mayor parte por adobes¹⁶⁷, un material mucho más ligero, y que, por cierto, en ningún momento hace aparición en el discurso de nuestro autor.

tales. Sabemos que en el contexto de las guerras sertorianas el mismo Sertorio se retiró a *Saguntum* con un pequeño cuerpo de ejército, reparando las murallas. A. Schulten, 1949, 151.

¹⁵⁹ A. Chabret, 1888.

¹⁶⁰ Nos referimos a las breves notas de Pierre Paris sobre Sagunto. El investigador galo reconoce en las murallas las huellas de una lejana civilización bárbara. P. Paris, 1903; 1921.

¹⁶¹ M. González Simancas, 1923, 15-16.

¹⁶² P. Beltrán, 1956, 132-133.

¹⁶³ P. Rouillard, 1977; 1979.

¹⁶⁴ M. Olcina, 1987.

¹⁶⁵ Liv., XXI, 7, 7.

¹⁶⁶ A. W. Lawrence, 1969, 376; F.E. Winter, 1971 a, 154. Uno de los puntos donde tradicionalmente se concentraban las torres lo constituían todos los accesos al interior de los recintos defensivos. Sobre esta concentración, véase J. P. Adam, 1992.

¹⁶⁷ P. Rouillard, 1979, 19.

La afirmación de que la *iuventus delecta* que defendía la zonas de la muralla de defensa más comprometidas tuvo el coraje suficiente como para efectuar salidas y caer sobre las obras de asedio y los puestos de vigilancia de los cartagineses¹⁶⁸ nos lleva a inferir la existencia de poternas en el sistema defensivo de Sagunto, poternas entendidas como un elemento activo de la defensa¹⁶⁹, lo que constituiría por tanto un recurso de evidente filiación clásica¹⁷⁰ que habrá que contrastar más adelante con la cronología de la misma muralla. La existencia de poternas en la muralla ibérica de Sagunto ha sido confirmada por la arqueología, documentándose una poterna con una anchura de escasamente un metro¹⁷¹.

Las excavaciones arqueológicas sacaron a la luz una barbacana o salida de aguas de unos sesenta centímetros de altura por cuarenta de anchura que había sido cegada intencionadamente¹⁷². La obstrucción de este elemento componente del lienzo defensivo nos parece estar indicando una medida emprendida para evitar la utilización del mismo como medio de introducción de un contingente enemigo en el interior del recinto defendido, en el transcurso posiblemente de un asedio, lo que ratificaría este pasaje. Conocemos casos de obras de este tipo realizadas en el transcurso de asedios en asentamientos ibéricos, como en el caso del yacimiento del Cabezo de Alcalá de Azaila, donde se localizaron muros construidos precipitadamente en las puertas y en las calles C y G¹⁷³ que aislaban una zona del poblado con el fin de resistir ante el acoso del enemigo que había penetrado tras rebasar las defensas meridionales¹⁷⁴, o en el Castellar de Meca en Ayora, Valencia, donde se condenaron las puertas con sólidos lienzos de muralla¹⁷⁵. En directa relación con el tema que aquí nos ocupa, aunque más adelante en el tiempo, contamos con el relato de la retirada de Sertorio al mismo Sagunto, quien procedió a reparar las murallas y a bloquear las puertas¹⁷⁶.

Livio asegura que los mampuestos de la muralla estaban trabados tan sólo con barro, sin ninguna argamasa, por lo que la muralla no ofreció apenas resistencia a la acción de los africanos armados con picos¹⁷⁷. Esta afirmación, sin embargo, ha sido desmentida por las excavaciones arqueológicas que exhumaron

¹⁶⁸ Liv., XXI, 7, 8: «...sed ad erumpendum etiam in stationes operaque hostium animus erat».

¹⁶⁹ La función de las poternas es exclusivamente estratégica y no funcional, es decir, no se solían utilizar como accesos, sino como elementos activos de la defensa. J.P. Adam, 1992, 10.

¹⁷⁰ Ph. Byz., V, A, 82 recomienda su utilización contra la maquinaria bélica de los atacantes, en forma de incursiones rápidas de los asediados.

¹⁷¹ P. Rouillard, 1979, 14.

¹⁷² P. Rouillard, 1979, 14, fig. 5, lám. VI a y b.

¹⁷³ J. Cabré, 1929, 9.

¹⁷⁴ M. Beltrán, 1984, p. 140.

¹⁷⁵ M. Alfaro, 1991, 151.

¹⁷⁶ Plu., *Sert.* 21; Sall., 2, 64. A. Schulten, 1949, 151.

¹⁷⁷ Liv., XXII, 11, 8.

un tramo de la muralla ibérica de Sagunto en una zona de la pendiente Sudoeste del cerro de Sagunto, debajo del recinto moderno, en el lugar denominado «Els Tres Pouets» a una cota de 140 m.s.n.m.¹⁷⁸. De este modo se ha puesto de manifiesto una técnica completamente diferente a la que aparece en el texto, ya que los mampuestos, tallados someramente, aparecen trabados en seco y calzados con lajas y ripio de pequeñas dimensiones, el aparejo es burdamente poligonal e irregular, y las hiladas, pese a tender a la horizontalidad, no son regulares¹⁷⁹, por lo que debemos dudar de nuevo de la veracidad o, al menos, exactitud de las fuentes de las que bebió Livio para la redacción de este pasaje.

Entrando en el análisis de los posibles influjos clásicos, griegos concretamente, latentes en la muralla, no hay más que considerar la aparición de algunos fragmentos de cerámica ática en las zanjas fundacionales de la construcción defensiva, datados a finales del siglo V a.C.¹⁸⁰. De este modo las poternas podrían constituir un elemento de filiación clásica, máxime cuando su valor activo en la defensa¹⁸¹ ha sido puesto de manifiesto en varias ocasiones a lo largo del texto de Livio¹⁸². A esto habría que sumar la correcta orientación de la poterna según los tratadistas¹⁸³; quienes insisten en que las poternas deben estar dispuestas de tal modo que los defensores caigan sobre el flanco derecho del atacante¹⁸⁴, el flanco descubierto y más vulnerable¹⁸⁵.

No obstante, no creemos posible la definición de la muralla como de cremallera¹⁸⁶ en función del retranqueo exhumado por Rouillard, ya que mientras las murallas griegas de trazado en cremallera poseen numerosos retran-

¹⁷⁸ P. Rouillard, 1979, 11.

¹⁷⁹ P. Rouillard, 1979, 16, fig. 4.

¹⁸⁰ P. Rouillard, 1979, 16.

¹⁸¹ J. P. Adam, 1992, 10.

¹⁸² Liv., XXI, 7, 8.

¹⁸³ Aen. Tact., I, 2.

¹⁸⁴ F. E. Winter, 1971 a, 245.

¹⁸⁵ La búsqueda de la derecha del atacante se basa en el principio de que la izquierda es la mano que sustenta el escudo, la mano defensiva y la derecha la mano armada y, por tanto, más vulnerable ante los proyectiles enemigos (Th., V, 71). Debido al mismo principio, en la estrategia tradicional el ala derecha de una formación era usualmente la más efectiva. La investigación contemporánea ha buscado razones de otra naturaleza para esta marginación de derecha e izquierda, a raíz fundamentalmente de la trascendencia del pitagorismo en la formación de Epaminondas, el tebano creador de la falange oblicua. De este modo la oposición que enfrenta la izquierda a la derecha, lo profano a lo sagrado al fin y al cabo, trascendería a la estrategia militar (P. Vidal-Naquet, 1983, 93). Un claro ejemplo de esta oposición la tendríamos en las enseñanzas pitagóricas basadas en la oposición de los contrarios, oposiciones que han llegado hasta nosotros en la *systoichia* que nos transmite Aristóteles en su *Metafísica* I, 5, 968. (Sobre la influencia de Pitágoras sobre Epaminondas ver P. Leveque y P. Vidal-Naquet, 1960). No obstante nosotros somos partidarios de la opinión de Tucídides frente a la de Pierre Vidal-Naquet, apostando por el generalizado espíritu práctico en la guerra, incluso entre los supersticiosos griegos. Subrayemos en este sentido el comentario de Escipión, quien comentará siglos después del historiador griego que «...conviene a un romano poner sus esperanzas en su diestra y no en su izquierda» (Plu., *Apoph. regum* 16).

¹⁸⁶ Filón de Bizancio denomina este trazado como de cortinas oblicuas (... λοξὰ ὀρθοδομεῖται). Ph. Byz., V, A, 55.

queos a espacios regulares¹⁸⁷, cubriendo el ángulo muerto formado a los pies de los lienzos rectos de muralla¹⁸⁸ y buscando siempre el flanco derecho del atacante más próximo a la muralla¹⁸⁹, hasta el momento sólo se ha encontrado un retranqueo en Sagunto que posiblemente constituya un *unicum* dentro del sistema defensivo saguntino, dado el soporte topográfico sobre el que se asienta¹⁹⁰, aunque tengamos que permanecer a la expectativa de futuras intervenciones arqueológicas para comprobar cómo se articula el citado retranqueo con el resto del sistema defensivo y poder afirmar sin lugar a dudas esta hipótesis¹⁹¹. A esto hay que sumar la misma cronología de las murallas edetanas: un fragmento de copa ática fechable entre el 425 y el 400 a.C. hace suponerla del primer cuarto o de la primera mitad del siglo IV a.C. a lo sumo¹⁹², mientras que los primeros trazados en cremallera comenzarían a aparecer en fechas similares al otro extremo del Mediterráneo¹⁹³.

Tampoco consideramos que el hecho de que estas murallas se asienten directamente sobre el sustrato rocoso pruebe el conocimiento por parte de los constructores de las murallas de unas normas en la erección de murallas que estaban surgiendo por esas fechas en el extremo oriental del Mediterráneo y que verían su primera plasmación teórica en el tratado sobre poliorcética de Eneas Táctico, fechado entre el 357 y el 355 a.C.¹⁹⁴. A nuestro juicio, esto res-

¹⁸⁷ Podemos encontrar murallas con lienzos en cremallera modélicos en la muralla Noreste de Gortys de Arcadia (R. Martín, 1947-48, Pl. XIII), en la Sur del Samikon (J.P. Adam, 1982, 184) o en el sector Sur de la muralla de Priene (J.P. Adam, 1982, 233).

¹⁸⁸ J. P. Adam, 1982, 58 y Y. Garlan, 1974, 265 identifican estos lienzos rectos con el término *epalxis* (ἐπαλίξις), en contra de la opinión de Winter, quien reconoce bajo este mismo término a la parte inferior, por debajo de las aberturas de tiro, de los parapetos cubiertos que aparecerán en lugar de los caminos de ronda tras el desarrollo de la artillería de cuerda, denominados *περίδρομος* (F.E. Winter, 1971 a, 172-173).

¹⁸⁹ R. Martín, 1956, 196.

¹⁹⁰ Los tratadistas clásicos recomiendan los trazados en cremallera para terrenos prácticamente llanos y sin desniveles, lo que contrasta vivamente con la topografía sobre la que se asienta la defensa saguntina.

¹⁹¹ Resulta significativo el caso del Pico del Águila en el Montgó, Denia, donde encontramos un solo retranqueo que también se quiso relacionar con los trazados en cremallera griegos (H. Schubart, D. Fletcher, J. Oliver, 1962, 26-27). Pensamos que este retranqueo busca solamente cubrir el acceso, abriéndose sobre el flanco izquierdo del eventual atacante, lo que nos está indicando una total ignorancia de las más elementales normas de la poliorcética griega, presentes con especial trascendencia en los trazados de cremallera. Actualmente se tiende a considerar los trazados de este tipo en yacimientos indígenas del Mediterráneo occidental como originales y sin paralelos en el mundo griego o céltico (H. Treziny, 1986, 198; PY, M., 1990, 133; C. Goudineau, 1980, 185).

¹⁹² P. Rouillard, 1979, 67.

¹⁹³ El origen de las murallas de trazado en cremallera lo tendríamos en Gortys de Arcadia para unos pocos autores, concretamente entre los años 370 y 365 a.C. (R. Martín, 1947-48, 135-139; B. Gille, 1985, 19). Winter apoya esta cronología para las murallas con trazados dentados en general (F.E. Winter, 1971 b, 413), aunque especifica que los trazados regulares en cremallera como tales han de ser forzosamente posteriores a Filipo II de Macedonia (F. E. Winter, 1971 b, 424), opinión seguida por la mayor parte de los investigadores en la actualidad, localizando de este modo el origen de estos trazados en la labor de los ingenieros macedónicos, que emprenden reparaciones en algunos sistemas defensivos del Peloponeso en la segunda mitad del siglo IV a.C. (J. P. Adam, 1982, 66).

¹⁹⁴ J. Vela, 1991, 27-28.

ponderaría a un principio muy corriente en las fortificaciones pertenecientes al mundo ibérico: la economía de esfuerzos¹⁹⁵.

Con respecto a la terminología utilizada por el autor para definir las murallas de Sagunto, encontramos que el término más frecuentemente utilizado es el de muro¹⁹⁶, apareciendo excepcionalmente la forma *munimenta urbis*¹⁹⁷, basada en *munitio*, término utilizado sobre todo a partir del principado para definir genéricamente tanto las fortificaciones en sí, como el arte de construirlas¹⁹⁸.

Otro término utilizado para definir la muralla, y que resulta especialmente interesante, es el de *moenia*¹⁹⁹, en lugar de muro. La trascendencia de este término reside en las implicaciones simbólicas que conlleva, dada la época en la que vive Livio, cuando, a juicio de Gros, los textos encuentran un equilibrio entre *securitas* y *dignitas* en el término *moenia*²⁰⁰. Este término designa en un principio el conjunto de monumentos que definen como tal a una ciudad, y será en época augústea y de mano de Vitrubio, quien utiliza preferentemente este término para hacer mención a las murallas urbanas²⁰¹, cuando adquiera este sentido. En época augústea la muralla se convierte a su vez en un símbolo de la virtud restaurada por el principado²⁰² y del orden cósmico, tal y como se deduce del programa iconográfico aparecido en relación a la *Porticus Octaviae* en Roma, donde aparece una muralla circular protegida por el águila imperial y la maza de Hércules, un héroe civilizador, como símbolo de este nuevo orden cósmico propiciado por el principado²⁰³. Su utilización en este texto, además de delatar la estrecha relación existente entre nuestro autor y Vitrubio, aporta toda una serie de posibles interpretaciones que constituirían por sí solas el tema de otro amplio estudio, y que debemos abandonar en este punto.

Conclusiones

Los anacronismos e inexactitudes en que cae Livio al narrarnos estos sucesos se deben al carácter tardío de su obra; dos siglos de diferencia son más que suficientes para que el texto que el autor nos ofrece contenga importantes errores de detalle, como la misma morfología de la muralla ibérica, que Livio des-

¹⁹⁵ F. Burillo, 1979, 132-133.

¹⁹⁶ Liv., XXI, 7, 7; 8, 5; 11, 7; 11, 10.

¹⁹⁷ Liv., XXI, 11, 7: «Ipse Hannibal qua turris mobilis omnia munimenta urbis superans altitudine agebatur hostator aderat».

¹⁹⁸ A. de Rochas, «Munitio» en Daremberg y Saglio, 1892, T.III.2, 2034-2038. Este término latino responde a los términos griegos τετραπολιία o πυργπολιία.

¹⁹⁹ Liv., XXI, 7, 5: «Adversus eum vineas agere instituit, per quas aries moenibus admoveri posset».

²⁰⁰ P. Gros, 1992, 211.

²⁰¹ Vitr., II, 8, 13: «Explicatio moenium...».

²⁰² P. Gros, 1992, 200.

²⁰³ H. Lauter, 1982, 47.

cribe como trabada con barro, mientras que las excavaciones arqueológicas han puesto de manifiesto una técnica muy habitual en el mundo ibérico, al estar formada la muralla por sillarejos careados, trabados en seco y calzados con lajas y ripio.

Al problema del largo periodo cronológico transcurrido entre los hechos y la redacción del pasaje de Livio se suma el hecho evidente de que para su estudio no utilizó ninguna fuente directa a lo que hay que sumar que L. Coelius Antipater, el autor sobre el que Livio basó gran parte de su relato sobre Sagunto, apenas tratase el tema.

Estos fallos son compensados por un vivaz estilo narrativo en el que detalladas descripciones, producto de su invención, sirven para conferir al relato el tono de gesta épica que pretendía para su obra. El resultado es ostensible: claridad y lucidez en la narración y, sobre todo, verosimilitud que debe su causa, aparte de al mismo estilo, a los evidentes conocimientos estratégicos y militares, propios de la época en la que escribe Livio, de los que hace gala nuestro autor.

Ya en el plano meramente técnico, la utilización de las máquinas de guerra descritas en el texto por parte del ejército cartaginés nos está confirmando el potencial bélico de Cartago al comenzar la Segunda Guerra Púnica, potencial que lo hacía el ejército más moderno del momento, superior seguramente al de la misma Roma, poco familiarizado en esos momentos con la utilización de la maquinaria bélica necesaria para el asedio y toma de una ciudad. No obstante, resultan evidentes una serie de anacronismos en relación al tipo de armamento utilizado, como la misma denominación de scorpio para la catapulta de reducidas dimensiones.

Centrándonos en el sistema defensivo de Sagunto resultan sumamente interesantes los datos que aporta Livio sobre el tipo de contingente situado detrás de la muralla: toda la población con edad militar, situándose los jóvenes en las zonas de defensa más comprometida. Resulta muy probable que el resto de la población, afectada del mismo modo por el asedio, ayudase en todo lo posible a los defensores situados en las murallas como hemos visto que Livio subraya en otros casos.

Parece, por contra, poco probable que los asediados poseyesen ningún tipo de artillería de cuerda, ya que en ningún momento se comenta su utilización contra los cartagineses, restringiéndose su armamento, siempre según Livio, a las jabalinas de doble punta, como la que hiere al mismo Aníbal en un muslo²⁰⁴, y a la falárica²⁰⁵. En ningún momento se comenta tampoco el uso de

²⁰⁴ Liv., XXI, 7, 10.

²⁰⁵ Liv., XXI, 8, 10-12. A finales del siglo XIX y comienzos del XX se mantenía la utilización de la falárica como proyectil de catapulta (E. Saglio, «Falarica» en Daremberg y Saglio, 1892, T.II.2, 962), funcionalidad que parece descartada actualmente.

arcos y flechas por parte del contingente ibérico, lo que estaría en la línea del uso restrictivo de dicha arma en el mundo ibérico²⁰⁶.

La muralla aparece suficientemente descrita como para poder afirmar, en base al texto de Livio, la existencia de torres a tramos regulares, lo que se deduce del hecho de que la caída de tres de ellas conllevara la ruina de la muralla que las unía. La existencia de estas torres no ha sido ratificada hasta el momento por la arqueología y, como estamos viendo, aparecen en gran número en el discurso de nuestro autor.

Sí ha quedado demostrada arqueológicamente la existencia de poternas, que se evidencian como elementos activos en la defensa del *oppidum* a partir del mismo relato, facilitando las incursiones por sorpresa de los defensores sobre el contingente púnico. Estas poternas constituyen un posible elemento de filiación griega en la concepción misma del sistema defensivo, posible filiación que puede verse apoyada por la recuperación en la trinchera fundacional de la muralla de un fragmento de copa ática fechado entre el 425 y el 400 a.C.²⁰⁷.

Esta posible filiación griega no la creemos poder hacer extensible al retranqueo localizado en las excavaciones dirigidas por Rouillard, quien no dudó en describir la planta de la muralla como de cremallera, cuando existe un cierto desfase cronológico entre la fecha de la muralla, un momento impreciso de la primera mitad del siglo IV a.C.²⁰⁸, y la aparición de los trazados en cremallera a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C.

Otra contradicción entre las fuentes escritas y las arqueológicas reside en la gran altura que estas murallas poseían según el relato, y los escasos 180 centímetros de anchura en su base documentados para la misma por la arqueología. Ante este conflicto caben dos posibilidades: o la muralla de Sagunto era mucho menos alta, y segura por lo tanto, de lo que Livio nos dice, siendo todo el pasaje una mera reconstrucción heroica de los hechos, o, lo que parece más probable, la muralla se encontraba formada por un zócalo de piedra y un cuerpo superior de adobes, lo que permitiría una mayor altura de la defensa.

Toda esta problemática nos lleva a concluir que existen sobradas razones para que dudemos de la exactitud o incluso fiabilidad del relato de Tito Livio. Apoyado sin duda sobre un conocimiento notable de la estrategia y tácticas utilizadas por el ejército romano en el siglo I a.C., nuestro autor ejecuta un relato verosímil de los hechos fundado sobre un conocimiento efectivo del ejército cartaginés que participó en la Segunda Guerra Púnica, como evidencia la aparición en el relato del cuerpo especializado de africanos y la pormenorizada lista que más adelante hará de las piezas de artillería incautadas en Cartago tras la

²⁰⁶ Tesis sostenida por F. Quesada, 1989, 161-201.

²⁰⁷ P. Rouillard, 1979, 15-16.

²⁰⁸ P. Rouillard, 1979, 67.

derrota. Será por tanto en los detalles del relato donde podamos localizar el mayor número de inexactitudes, en relación frecuentemente con el transcurso de las acciones y, sobre todo, con la misma muralla del *oppidum* ibérico descrito por Livio.

Bibliografía

- ADAM, J. P., 1982: *L'architecture militaire grécque*, Paris.
1992: «Approche et défense des portes dans le monde hellénisé», *MAHCUM* 12, Amsterdam, 5-43.
- ALFARO, M., 1991: «El sistema defensivo de la puerta de entrada a la ciudad ibérica de Meca (Ayora, Valencia)», *Simposi Internacional de Arqueología Ibérica*, 147-153.
- ALSINA, J., 1981: *Tucídides. Historia, ética y política*, Madrid.
- ANDRONICOS, M., 1970: «Sarissa», *BCH* 94, 91-107.
- ARANEGUI, C., 1987: «Algunas construcciones preaugústeas de Sagunto», *Los asentamientos Ibéricos ante la Romanización*, (Madrid, 1986), 155-163.
- ARANEGUI, C. Y PASCUAL, I., 1993: «Una torre defensiva de época republicana en el Castell de Sagunt», *Saguntum* 26, 189-203.
- ASTIN, A.E., 1967: «Saguntum and the Origins of the Second Punic War», *Latomus* 26, 577- 596.
- AYMARD, A., 1948: *Le mode grec aux temps de Philippe II de Macédonie et d'Alexandre le grand (359-323 av. J.-C.)*, Paris.
- BAYET, J., 1981: *Literatura latina*, Barcelona.
- BELTRÁN, F., 1984: «El año 218 a.C. Problemas en torno al comienzo de la Segunda Guerra Púnica en la Península Ibérica», *V Congreso de Arqueología de Puigcerdá*, 147-172.
- BELTRÁN, M., 1984: «Nuevas aportaciones a la cronología de Azaila», *Boletín del Museo de Zaragoza* 3, 125-153.
- BELTRÁN, P., 1956: «Excavaciones en Sagunto (Valencia)», *Noticario Arqueológico Hispanico* III-IV, 1954-55, Madrid, 132-133.
- BESSAC, J. C., y LERICHE, P., 1992: «L'analyse des techniques de construction en pierre et en brique crue», *Dossiers d'Archéologie* 172, 70-82.
- BONET, H., y MATA, C., 1991: «Las fortificaciones en la zona central del País Valenciano», *Simposi Internacional de Arqueología Ibérica*, 11-35.
- BURILLO, F., 1979: *El poblado de época ibérica y yacimiento medieval: «Los Castellares» (Herrera de los Navarros-Zaragoza) I*, Zaragoza.
- BURK, E., 1971: «The third decade», en Dorey, T.A., 1971, 39.
- CABRÉ, J., 1929: «Azaila», *IV CNA*, Barcelona, 6.
- CALLEBAT, L., y FLEURY, P., 1986: *Vitruve. De l'Architecture. Livre X*. Paris.
- CHABRET, A., 1888: *Sagunto. Su historia y sus monumentos*, Barcelona.
- CHIC GARCÍA, G., 1978: «La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218 a.C.», *Habis* 9, 237.
- CIPRÉS, C., 1990: «Sobre la organización militar de los celtíberos: la *iuventus*», *Veleia* 7, 173-187.

- CORDENTE, F., 1992: «La toma de Masada: ejemplo de eficacia de la técnica poliorcética en el ejército romano», *Gerión* 10, 155-170.
- CRICKMORE, J., 1984: *Romano-British Urban Defences*, BAR 126, Oxford.
- DAREMBERG, M. C., y SAGLIO, E., 1892: *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, Paris.
- DEVOTO, G., 1968: «Tre aspetti della romanità arcaica», *Rivista Storica Italiana* 80, 661.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., 1986: «Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el S.E. peninsular y levante en época arcaica», *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla, 601.
- DOREY, T. A., 1971: *Livy*, London.
- FERRILL, A., 1985: *The origine of war*, London.
- GARLAN, Y., 1972: *La guerre dans l'antiquité*, Paris.
- 1973 a: «Cités, armées et strategie à l'époque hellénistique d'après l'oeuvre de Philon de Byzance», *Historia* 22, 16-33.
- 1973 b: «La défense du territoire à l'époque classique», en FINLEY, M.I., *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, Paris.
- 1974: *Recherches de poliorcétique grecque*, Paris.
- 1988: «La fortification dans l'espace civique», *Guerre et Economie en Grèce Ancienne*, Paris.
- GILLE, B., 1985: *La cultura técnica en Grecia*, Barcelona.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M., 1923: «Excavaciones en Sagunto», *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* 48, Madrid.
- GONZÁLEZ WAGNER, E. C., 1983: *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Universidad Complutense, Madrid.
- GOUDINEAU, C., 1980: «Les antécédents: y a-t-il une ville protohistorique? La gaule meridionale», *Histoire de la France urbaine*, Paris, 143-193.
- GUSI, F., 1991: «Modelos de fortificación al norte del País Valenciano», *Simposi Internacional de Arqueología Ibérica* (Manresa, 1990), 1991.
- HAMMOND, N. G. L., 1989: *The Macedonian State: Origins, Institutions and History*, Oxford.
- HARMAND, J., 1976: *La guerre antique de Sumer à Roma*, Paris.
- HORNBLLOWER, S., 1985: *El mundo griego. 479-323 a.C.*, Barcelona.
- JEANMARIE, H., 1939: *Couroi et courètes*, Lille.
- JOHNSON, A., 1983: *Roman Forts*, London.
- JOHNSON, S., 1983: *Late Roman Fortification*, London.
- JONES, M. J., 1975: *Roman Fort Defences to AD 117*, BAR 21, Oxford.
- LANDER, J., 1984: *Roman stone Fortifications. Variation and change from the First Century A. D. to the Four*, BAR 206, Oxford.
- LATORRE, F., 1975: «Notas sobre el avituallamiento del ejército de Aníbal en el sitio de Sagunto», XIII CNA, Zaragoza, 843-846.
- LAUTER, H., 1982: «Ein frühaugusteisches Emblem in der *Porticus Octaviae*», *BC* 87, 47-55.
- LAWRENCE, A. W., 1979: *Greek aims in fortifications*, Oxford.
- LERICHE, P. y Callot, O., 1986: «Observations sur les remparts de brique crue d'Aï Khanoum et Doura-Europos», *La fortification dans l'histoire du monde grec* (Valbonne, 1982), 289-299.

- LEVÊQUE, P., 1968: «La guerre à l'époque hellénistique», *Problemes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, 261-278.
- LEVÊQUE, P., y VIDAL-NAQUET, P., 1960: «Epaminondas pythagoricién», *Historia* 9, 294-308.
- LÓPEZ FÉREZ, J. A., 1988: *Historia de la literatura griega*, Madrid.
- LUCE, T. J., 1977: *Livy, the composition of his history*, Princeton.
- MALONEY, J., y HOBLEY, B., 1983: *Roman Urban Defences in the West*, London.
- MARSDEN, E. W., 1969: *Greek and roman artillery: Historical development*, Oxford.
- MARTIN, R., 1956: *L'urbanisme dans la grèce antique*, Paris.
- MAZZA, M., 1966: *Storia e ideologia in Livio*, Catania.
- McNICOLL, A., 1986: «Developments in techniques of siegecraft and fortification in the Greek world ca. 400-100 B.C.», *La fortification dans l'histoire du monde grec (Valbonne, 1982)*, 305-313.
- MOMIGLIANO, A., 1984: *La historiografía griega*, Barcelona.
- MOREL, J. P., 1969: «La *iuventus* et les origines du théâtre romain (Tite-Live VII, 2; Valère Maxime II, 4, 4)», *REL* 47, 208-252.
- MORILLO, A., 1991: «Fortificaciones campamentales de época romana en España», *AEA* 64, 135-190.
- NÉRAUDAU, J. P., 1979: *La jeunesse dans la littérature et les institutions de la Rome républicaine*, Paris.
- OLCINA, M., 1987: *Guía de los monumentos romanos y del Castillo de Sagunto*. Generalitat Valenciana: 101. Valencia.
- PARIS, P., 1903: *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, Paris.
1921: *Promenades archéologiques en Espagne: II. Antequera, Alpera et Meca. Emporion, Sagonte, Mérida, Bolonia. Le palais de Liria a Madrid*, Paris.
- PROCTOR, D., 1974: *La expedición de Aníbal en la historia*, Madrid.
- Py, M., 1990: *Culture, économie et société protohistoriques dans la région nimoise*, *BEFAR* 1990, Rome.
- QUESADA, F., 1989: «La utilización del arco y las flechas en la cultura ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, Madrid, 161-201.
- ROLDÁN, J. M., 1980: «Cartago y Roma en la Península ibérica», *Historia de España II*, Madrid, 29.
- ROUILLARD, P., 1977: «Nota preliminar sobre las excavaciones en la pendiente sur del cerro del Castillo de Sagunto», *Saguntum* 12, Valencia, 145-157.
1979: *Investigaciones sobre la muralla ibérica de Sagunto*, *Trabajos Varios del SIP* 62, Valencia.
- SACKUR, W., 1925: *Vitruv und die poliorketiker*, Berlin.
- SCHUBART, H., FLETCHER, D., y OLIVER, J., 1962: *Excavaciones en las fortificaciones del Montgó, cerca de Denia, Alicante*, *EAE* XIII, Madrid.
- SIEGLIN, W., 1878: *Die Chronologie der Belagerung von Sagunt*, Leipzig.
- SOEDEL, W., y FOLEY, V., 1977: «Catapultas antiguas», *Investigación y ciencia* 32, 67-73.
- SODEN, W., 1963: «Die Assyrer und der Krieg», *Iraq* 25.
- SUMNER, G. V., 1966: «The Chronology of the Outbreak of the Second Punic War», *PACA* 6, 5-30
- TARN, W. W., 1930: *Hellenistic military and naval developments*, London.

- TOLSTIKOV, V. P., 1986: «La fortification comme source pour l'histoire du Bosphore antique», *La fortification dans l'histoire du monde grec* (Valbonne, 1982), Paris, 167-179.
- TOVAR, A., y BLÁZQUEZ, J. M.^a, 1975: *Historia de la Hispania romana*, Madrid.
- TREZINY, H., 1986: «Les techniques grecques de fortification et leur diffusion à la périphérie du monde grec d'Occident», *La fortification dans l'histoire du monde grec*, Valbonne, 1982, Paris, 185-201.
- VELA, J., 1991: *Eneas el Táctico. Poliorcética: La estrategia militar griega en el siglo IV a.C.*, Madrid.
- VIDAL-NAQUET, P., 1981: *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, Paris.
- WALSH, P. G., 1963: *Livy, his historical aims and methods*, Cambridge.
- WALTER, G., 1970: *La destrucción de Cartago*, 1970.
- WEBSTER, G., 1988: *Fortress into City. The Consolidation of Roman Britain. First Century A. D.*, London.
- WHEELER, R. E. M., 1964: *Roman Art and Architecture*, London.
- WILD, J. P., 1969: «A note on *titulum*» *Arch. Camb* 177, 133.
- WINTER, F. E., 1971 a: *Greek Fortifications*, London.
- 1971 b: "The Indented Trace in Later Greek Fortifications", *AJA* 75, 413-426.